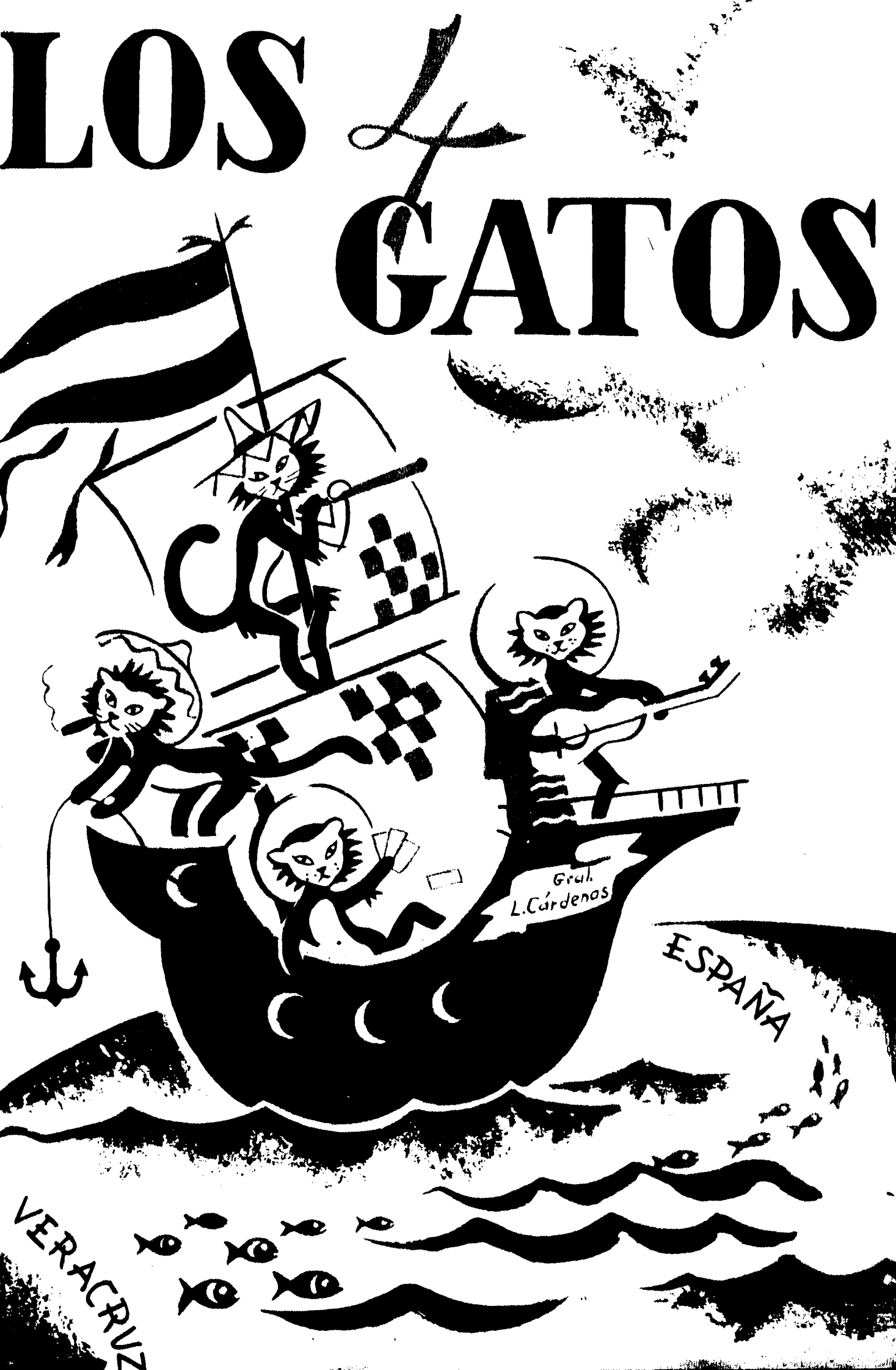
LOS 4 GATOS



"RESTAURANT — CANTINA"

Centro Republicano Español

Tacuba 15.
Altos.

SERVICIO ESMERADO Y ECONOMICO. — SALAS DE BILLAR Y DOMINO. SALON PARA FIESTAS Y BANQUETES.

BAILES TODOS LOS DOMINGOS DE 6 A 10

FERRETERIA

LA MERCED, S. A.

MESONES 159

MEX. 36-09-23 ERIC. 12-41-09

IMPORTACIONES DIRECTAS
MUEBLES PARA BAÑO
LAMINA Y TUBERIA

HIERRO PARA CONSTRUCCION

MEXICO, D. F.

ALCIBAR Y RUIZ

ARTICULOS PARA CABALLERO

Teléfonos:
Eric. 18-40 20 y 12-32-56. Mex. 35-44-52

TACUBA 17. MEXICO, D. F.

G. AREAN

COMISIONES
Y REPRESENTACIONES

ALAMBRES
LAMINA Y DERIVADOS
MATERIALES DE CONSTRUCCION
FIERRO COMERCIAL

APARATOS Y MATERIALES
PARA SOLDADURA AUTOGENA Y
ELECTRICA

MAQUINARIA EN GENERAL

PITAGORAS 549
(Col. Narvarte)
MEXICO, D. F.

LOS 4 GATOS

AGRUPACION MADRILEÑISTA

ENERO DE 1948
● AÑO NUEVO ●
NUMERO 4

SECRETARIA
TACUBA 15 ALTOS
MEXICO, D. F.

BIBLIOTECA

¡Aquí otra vez!... y en paracaídas

ATENEO ESPAÑOL DE MEXICO

¡FELIZ AÑO NUEVO!
4 GATOS COMO 4 CABALLEROS
(Y AL "CAUDILLO" "CORDILLA"
pero sin confundir.)

De nuevo aparece nuestra revista··· Llega esporádicamente; surge inesperada, como si cayeran cuatro gatos en paracaídas. Pero por lo general, ya se sabe lo que les sucede a estos animalitos: que caen de pie.

Esa es nuestra honda y viva satisfacción: se habla de LOS 4 GATOS, y a todo el que conoce algo de nuestra existencia le florece una sonrisa de optimismo. Mientras esta madrileñísima Agrupación exista, ¡qué caramba!, habrá un rayo de alegría que abrirá las puertas de la esperanza. ¡A que sí!···

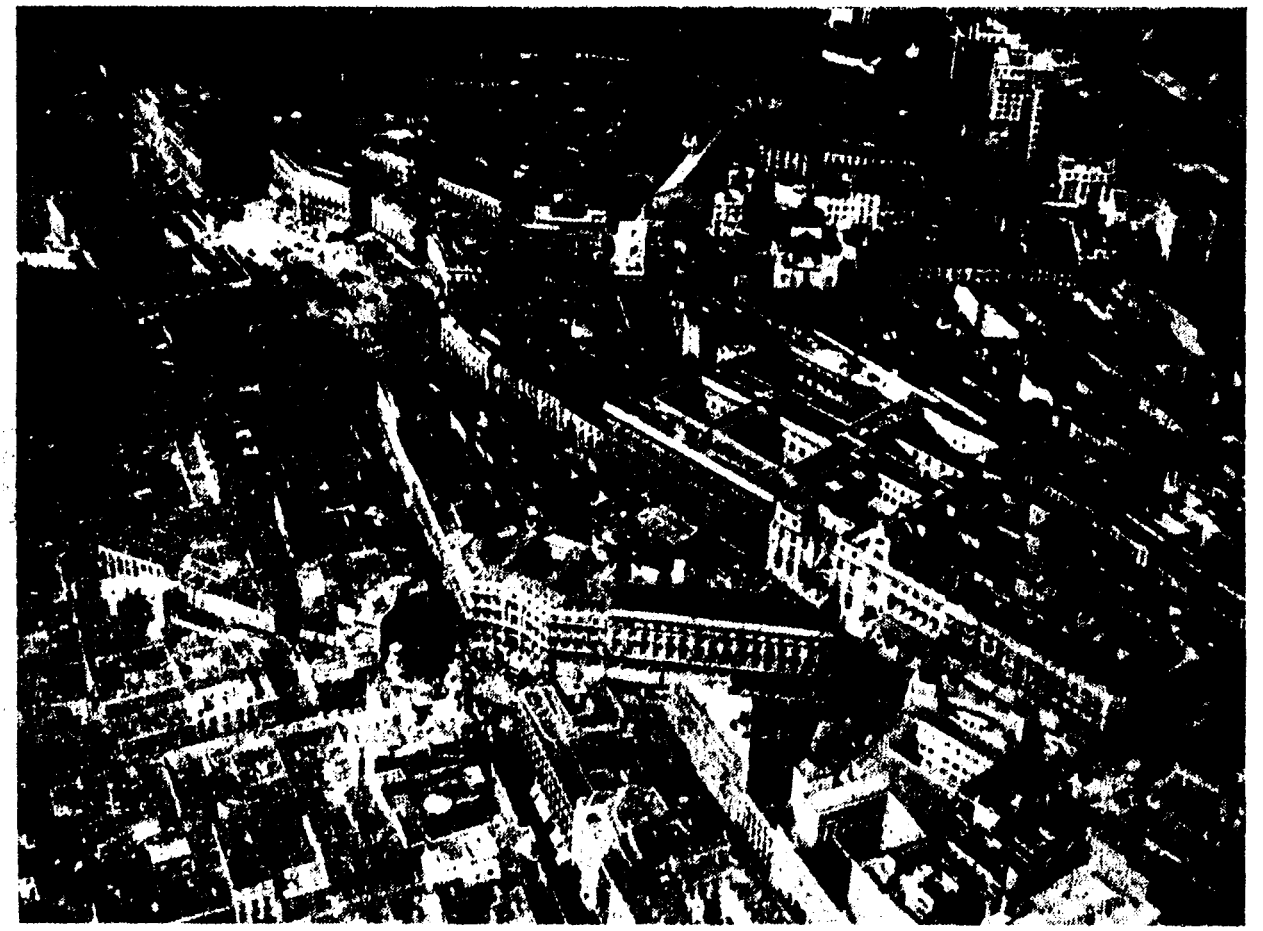
Como es natural, y dada la fecha en que le ha parecido bien salir esta vez a nuestra caprichosa revista, deseamos muy sinceramente a nuestros asociados, y a todos nuestros lectores y amigos, mexicanos o españoles, "gachupines" o "refugiados" —que de todo hubo en la viña del Señor, y en muchas otras viñas y bodegas—; pues les deseamos, como íbamos diciendo, un Año de 1948 lleno de prosperidad, y "un agujerito" para ver Madrid··· desde la ventanilla del tren en que lleguemos.

Y como somos cuatro gatos caballerosos y correctos, capaces de olvidar la caza del ratón si es preciso, y ponerse guante blanco, no terminaremos esta nota sin agradecer su generoso entusiasmo a los colaboradores artísticos y literarios —¡magnífica portada de Alma Tapia!—, y a los buenos amigos que nos han distinguido con su anuncio.

Para todos nuestro maullido, siempre cordial y animoso. Y al "caudillo", "cordilla"···; pero sin confundirle con los felinos que la toman por prescripción. ¡Que aún hay clases!

¡QUE VES!... ¡VEO, VEO!

MADRID desde el aire . . . y desde el destierro



Madrileño: madrileñista: Ahí tienes el centro de Madrid. ¡A ver quién descubre más lugares! Nosotros hemos encontrado ya muchos; y si no vimos más fué porque se nos llenaron los ojos de lágrimas.

Fíjate: la Puerta del Sol, Gobernación, Plaza de Canalejas, llamada también "las cuatro calles"; la iglesia de San Luis, Calle Mayor, Arenal, esquina de Fornos, Jardines, Arlabán, Preciados, Carmen, "Madrid-París", Montera, Gran Vía, Alcalá, Carrera de San Jerónimo, Sevilla, Hacienda, Academia de San Fernando, Casino de Madrid, Palacio de la Equitativa, las figuras que coronan el Banco de Bilbao, Peligros, Príncipe, Calle de la Cruz, la de la Aduana; y por allí aquel "colmao"... ¿Te acuerdas?

¡No hemos dicho nada!...

Sí, ya lo comprendemos, madrileño, madrileñista: te hemos emocionado.

Es inevitable... ¡Aquellas mañanitas en que cruzábamos la Puerta del Sol, en tranvía, camino de nuestros quehaceres!... ¡Aquellos anochecidos en que, con nuestra capa, o el gabancito de clase media, nos íbamos a tomar unas copas, o unos chatos, por esas rutas mismamente!... Y después del cine o del teatro, oye, por la calle Sevilla, despacio, charla que te charla con un amigo...

¡No hemos dicho nada, chiquillo!

CELEBRACION DEL 7 DE NOVIEMBRE Y HOMENAJE A CERVANTES

"LA CUARTA SALIDA DE DON QUIJOTE"

Por Manuel ALBAR

LOS 4 GATOS conmemoraron, como todos los años, la gloriosa epopeya del 7 de noviembre del 36, en la que el heroísmo de nuestro Madrid asombró al mundo.

Celebróse con tal motivo una comida en el Centro Republicano Español con una asistencia aproximada de 150 comensales, y fué el culto escritor Manuel Albar, de prosa tan ponderada, justa y profunda, el que regaló a los concurrentes con las cuartillas que a seguido reproducimos, tituladas "La cuarta salida de Don Quijote"; con ellas LOS 4 GATOS celebraron al mismo tiempo la fecha de Madrid y un rendido y fino homenaje a nuestro insigne paisano Miguel de Cervantes —nacido en Alcalá de Henares, de la provincia madrileña—, con motivo del IV centenario de su nacimiento.

Dicen las cuartillas de Albar:

De todas las hazañas que asientan la fama de Don Quijote, ninguna, en mi opinión, tan propia del Hidalgo y que honre tanto la fuerza de su brazo como aquella en que desbarata el retablo de maese Pedro, sordo a los lamentos del titerero y a los chillidos del mono adivinador. Recordémosla, tomándola en el punto en que maese Pedro, cubierto el ojo izquierdo y casi todo el carrillo con un parche de tafetán verde, metido ya en el escondrijo de su retablo y encendidas las candelillas con que éste se ilumina, se dispone al manejo de sus muñecos para esparcimiento de los viandantes que en la Venta han buscado acomodo. No sería prudente, sin embargo, que pasáramos por alto los recelos de Don Quijote, a quien las habilidades del mono adivino, que al primer golpe de vista ha reconocido en él al sin par Caballero desfacedor de entuertos, han puesto en sospecha. Sigilosamente, llevándolo a un rincón de la caballeriza, la comunica a Sancho: —"Mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad de este mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto, tácito o expreso, con el demonio." Y para enmendar las toscas expresiones de Sancho, que confunde los términos y las palabras, Don Quijote se extiende y aun llega a mostrarse maravillado de que el mono y su amo no hayan sido denunciados al Santo Oficio, que entonces —como ahora— anda muy afanoso a la caza de herejes, haciendo bueno el adagio que en forma de redondilla nos transmitió Llorente:

Quien entra en la Inquisición,
siempre sale chamuscado,
cuando no sea quemado
y negro como un tizón.

Pero entiéndase bien: Don Quijote se maravilla de que no hayan sido denunciados por otros, sin que le pase por las mientes la idea de denunciarlos él, que esa es empresa de cuadrilleros y no de caballeros andantes a su manera. Mas ya la representación ha dado comienzo y el mancebo que ayuda a maese Pedro alza la voz de falsete para explicar los misterios del retablo. ¡Ay, mi vieja Zaragoza! Asomada a una torre del alcázar moro, más tarde castillo de la Aljafería para albergue de reyes aragoneses, y más tarde todavía, en 1936, prisión de cristianos otra vez, llora Melisendra mientras Don Galferos sonda la torre con el ánimo resuelto a librarla del cautiverio. He aquí la atención de los espectadores concentrada en las escenas que siguen. Melisendra, a una señal de su amado, se descuelga del balcón. Ya la toma en sus brazos Don Galferos y la pone sobre las ancas de su caballo, el galope tendido hacia tierras de Francia. Las gentes del rey Marsilio salen en persecución de los fugitivos mientras tocan apresuradamente —dice el mancebo explicador— las campanas de las mezquitas. A lo cual Don Quijote, grave y sentencioso, opone la advertencia de que entre los moros no se usan campanas, sino atabales y una especie de dulzainas que parecen chirimías. Desde el interior del retablo la voz de maese Pedro gruñe y pide a Don Quijote que no se detenga en niñerías ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, siendo así —ahora habla Cervantes por boca del titerero— que "se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropie-

Una ilustración del año 1785.

dades y, con todo eso, corren felicísimamente su carrera y se escuchan no sólo con aplauso, sino con admiración y todo", razones con las que Cervantes desahoga un poco su pesadumbre de autor teatral inestimado y que Don Quijote subraya con lacónica aprobación: "Así es la verdad." Mas ya la morisma corre en busca de los amantes. Todo hace presumir que les darán alcance y los devolverán a Zaragoza, trayéndolos atados a las colas de sus caballos. Y eso no. No mientras Don Quijote aliente y su mano sostenga una espada. Y desenvainando la que lleva al costado, Don Quijote prorrumpe en airadas frases de desafío: "No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como Don Gaiferos. ¡Deteneos, mal nacida canalla; no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en la batalla!" Y dióse a repartir mandobles con tal furia que no quedó títere con cabeza, y el propio maese Pedro perdiera la suya a no esconderla apresuradamente cuando, para hacer ver a Don Quijote que se trataba de figuras de pasta, quiso asomarla fuera. A Don Quijote no le importa saber de qué materia están fabricados los personajes que pueblan el mundo de su locura, la más genial y generosa que conocieron los hombres y de la cual quiera Dios que no acabemos de curarnos nunca los que aun andamos contagiados de ella. El los juzga por sus acciones y los trata con arreglo a su veredicto moral, porque de lo único que Don Quijote no sabe nada —y cada día menos— es de injusticias y engaños o industrias mal avenidas con la honestidad. Sus leyes no son las que están escritas en las pragmáticas, sino las Y a ellas se atiene. Por eso cuando parece salir —sin que, afortunadamente, salga nunca— de sus trances de locura, se muestra siempre humilde, liberal, saturado de humanas excelencias. De esas cualidades se beneficia también, por supuesto, este bribón de maese Pedro que se tapa el rostro con tafetán para que Don Quijote no descubra en él al Ginés de Pasamonte que iba en la reata de los galeotes a los cuales Sancho el asno en la espesura. Venido en el reconocimiento de su extravío, Don Quijote atiende los lamentos del bigardo ofreciéndose a pagarle los daños producidos. Es entonces cuando el ventero y Sancho se convierten en tasadores y transigen en que por el cuerpo descabezado y maltrecho del rey Marsilio de Zaragoza pagase Don Quijote los cuatro reales y medio que pedía el titerero. Seguramente piensa Don Quijote, aunque no lo diga, que no es mucho pagar por un rey, así sea moro, y a pesar de que en la Historia hubo y hay muchos reyes, moros o cristianos, unos que perdieron la corona y la cabeza, otros que conservaron la cabeza y perdieron la corona y algunos que, no habiendo pasado por tan aleccionadora experiencia, aspiran a vivirla; reyes o reyezuelos, o pretendientes que valían y valen mucho menos de los cuatro reales y medio que daba Don Quijote. Y, en fin, la prodigalidad de nuestro Hidalgo es tanta que cuando el galeote disfrazado, bien cobrado ya el importe de su retablo, aun reclama que se le den dos reales por el trabajo de buscar el mono adivino, Don Quijote, que a veces tiene sus ribetes de malicia, ordena: "Dáselos, Sancho, no para tomar el mono, sino la mona."

RETRATO DE DON QUIJOTE

Cómo es Don Quijote en lo corporal nos lo dice Cervantes en la página primera de su historia —y no novela—, después de aquellas que van dedicadas al duque de Béjar, marqués de Gibraleón, conde de Benalcázar y no sé cuántas cosas más, de quien no tendríamos noticia ninguna que perpetuara su nombre a no ser por la dedicatoria de ese hidalgüelo pobre y desdeñado que se acoge a su protección de Mecenas. Frisaba la edad de Don Quijote en los cincuenta años y era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Cómo era Don Quijote en lo espiritual nos lo irán diciendo luego sus acciones, pero en el curso de ellas Don Quijote mismo se encarga de ofrecernos su diseño moral. Tal cosa ocurre cuando pone remate a la descomunal aventura de los leones, aquella en que Don Quijote, después de haber rechazado con palabras corteses las discretas advertencias del Caballero del Verde Gabán, y de aplacar las lágrimas de Sancho, que lo da por muerto, ordena al leonero que abra las puertas de la jaula, sin que le desazone más que una duda: si debía esperar a los leones a caballo o a pie. do de los riesgos y sustos que pudiera pasar Resolvióse al fin por hacerlo a pie, compadeci- que le dicta su conciencia, que es la única con

Rocinante, y como los leones, llenos de pavor, no salen de la jaula, Don Quijote, sosegado ya el ánimo, da por concluida la hazaña llamando al leonero y rogándole con estas palabras: "Cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma que pudieres lo que aquí me has visto hacer, conviene a saber: cómo tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvíle a esperar, volvió a no salir, y volvióse a acostar." Tras de lo cual Don Quijote, subido de nuevo a Rocinante y seguido de Sancho, prosigue su camino emparejado al Caballero del Verde Gabán, en cuya casa les aguardan descanso y mesa bien provista.

Este don Diego de Miranda a quien Don Quijote llama el del verde gabán es el personaje más honrado y prudente de cuantos tropieza en su ruta de aventuras. Es el único que, lejos de dar por rematadamente loco a Don Quijote, duda si, por el contrario, será extremadamente cuerdo, lo que quiere decir —y esto va por mi cuenta— loco también. Del discurso con que don Diego de Miranda hace su presentación a Don Quijote cabe destacar estas palabras: "Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de hitsoria algunos y de devoción otros: los de caballería aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y suspendan con la invención, puesto que de éstos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros..." Un hombre cabal de quien debieran tomar enseñanza muchos que pasan por serlo y no lo son. Don Diego tiene un hijo, que ha sido estudiante en Salamanca y ha venido a dar, por desgracia, en poeta. Con este hijo, mozo de grandes prendas, cambió sus pláticas Don Quijote. Y como el mozo, un poco imbuído de sus aprendizajes de Salamanca, se confesara ignorante de lo que fuere la ciencia de la Caballería Andante, Don Quijote hubo de explicarle que esa ciencia encierra en sí todas o las más ciencias del mundo, por razones que aduce, añadiendo luego que el caballero andante ha de ser "casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida defenderla". Y atajando la incredulidad del joven don Lorenzo, que pone en duda la existencia de los tales caballeros andantes, Don Quijote, apacible, responde: "No quiero detenerme agora en sacar a vuesa merced del error que tiene; lo que pienso hacer es rogar al cielo que lo saque de él, y le dé a entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo." Don Quijote sabe, pues, que los caballeros andantes no se usan, y es gran desgracia, mas en ella encuentra acicate para proseguir en su oficio, pues lo que está fuera de disputa es que si no hay caballeros andantes debe haberlos. Y Don Quijote, de quien sólo los tontos o los bellacos hacen mofa, y a quien algunos críticos sin meollo tienen por el enterrador de los caballeros andantes es, a la inversa, su reivindicador y profeta. Cuando se le escapa a Cervantes de las manos no sale a ridiculizar con sus disparates a los caballeros andantes que fueron, sino a honrar a los pocos que aun quedan y a los que se armen después. No los ahuyenta: los convoca. Y de tal suerte se han hecho valer en el tiempo sus acciones y ejemplos que hasta los yangüeses —y bien sabéis todos hacia dónde apunto— le conceden ahora acatamiento y homenaje, acaso con la secreta esperanza de que los demás olvidemos que fueron ellos los que le aporrearon las espaldas con sus estacas. Para tomarse tan irreverente licencia arguyen que son más que nosotros —en lo cual yerran— y que tienen más dinero —en lo cual aciertan—. Pero en todo caso nosotros podemos decir lo que Don Quijote cuando Sancho, temeroso, le advertía que los yangüeses eran más de veinte y ellos solamente dos:

—"Yo valgo por ciento."

Después de esa sentencia quijotesca, ya pueden venirnos con ínfulas los yangüeses, por numerosos y acaudalados que sean, a los pobres cuatro gatos que somos nosotros.

EL CRONISTA DE DON QUIJOTE

Es tal la realidad humana de Don Quijote, a quien algunos toman por ente de ficción, que en este centenario natal de Cervantes se habla mucho más de Don Quijote que de su cronista, a quien no me atrevo a llamar creador, por temor de que el propio Don Quijote venga sobre mí. "¡Yo soy quien soy! —diría Don Quijote— y no he menester de padres putativos, así sea su nombre tan ilustre como el del relator de mis hazañas." De ese parecer era don Miguel de Unamuno, tan parcial de Don Quijote que llegó a tomarle ojeriza a Cervantes. Mas yo no incurriré en pecado de injusticia y me atengo a las palabras que Cervantes escribe: "Para mí nació Don Quijote, y yo para él; él

supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para uno, a despecho pesar de escritor fingido y tordesillesco que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero..." ¡Pobre y honrado Cervantes! Habla por la herida, no cerrada nunca, que le produjo la aparición del falso **Quijote** de Avellaneda, simulación deleznable de cuyo autor, que no ha podido ser descubierto, se sabe solamente que debió ser cierto marrullero aragonés que vestía hábitos de cura. Siempre le fué mal a Cervantes, como a Don Quijote, con la gente de iglesia, de la que Dios nos guarde. Mueve a lástima la vida del hidalgo, ejemplo claro del precio de la gloria. Estudiante inquieto y sin dineros, la Sevilla de entonces le descubre pronto los secretos de la picaresca. Soldado sin fortuna, apenas si le quedarán como recuerdo y premio de sus heroicas audacias un brazo perdido —el izquierdo, loado sea Dios— y la añoranza gozosa de aquella mañana del 7 de octubre de 1571 —casi, casi, la fecha en que debió nacer Miguel— que le ha dejado en la retina, viva e indeleble, la imagen gallarda de don Juan de Austria levantando altanero el estandarte de Castilla y dispersando en Lepanto las galeras del turco. Aunque la vió con ojos enturbiados por la fiebre y el dolor de las heridas, esa estampa no se oscurece nunca en la memoria de Cervantes. Es un orgullo, después de todo, haber tomado parte en tan señalada empresa. Pero el orgullo, que sepamos, y la virtud, no añaden hacienda. Cervantes está llamado a morder en silencio desdenes y amarguras, en los que abunda incluso su vida matrimonial. En la espetada sequedad de la esposa ve Cervantes el reproche mudo a que le hacen acreedor su mucha afición al cultivo de las letras y su menguada capacidad para encontrar ocupaciones de más segura y provechosa ganancia que la que aquéllas ofrecen. Durante la edad madura, lo más del tiempo lo pasa alejado de sus familiares, en el cumplimiento de empleos que, sobre ingratos, brindan muy escurrido beneficio, habida cuenta de que Miguel es hombre honrado y no sabe de ciertas triquiñuelas con las que otros, más avisados, labran su bienestar y engordan la escarcela. Honestidad inútil, como todas, si no fuera porque la honestidad tiene por premio la propia estimación. Cervantes no se salva por ella de andar medito en pleitos de curiales que acaban por llevarlo a la cárcel. Y en la cárcel se engendró, aunque no se escribió, el **Quijote**.

En 1606 Cervantes, reunido a su familia en Valladolid desde unos años antes, se traslada a Madrid, nuevamente Corte de España después de haberlo sido por primera vez en 1561 por designio de Felipe II. Va a cumplir Cervantes sesenta años. El **Quijote**, cuya primera parte se ha publicado hace poco más de un año, le asegura un lugar de prestigio entre los ingenios de la época, sobre los cuales destaca, avasallándolos a todos, mimado por la celebridad y el favor cortesano, el más glorioso de los madrileños, con la excepción, si queréis, de don Francisco de Quevedo: Lope de Vega, cuyo espíritu maligno se ha cebado a menudo en la persona de Cervantes. Esperanzado a veces, desalentado otras, agobiado siempre por conflictos domésticos y enojosos problemas de intereses, llega Cervantes hasta el año 1610, en que se instala con su mujer en la casa que ésta posee en Esquivias. Son días de amargo sabor para Cervantes, paseante melancólico por veredas y trochas sin otra compañía que la de sus personajes imaginarios. En 1612 regresa a Madrid. Tan pobre está y tan poca atención merecen sus trabajos literarios a su mujer y a sus parientes que ni siquiera puede pagar la impresión y el papel de las **Novelas ejemplares**, con lo que viene obligado a cederle sus derechos al editor. Vive Cervantes en la calle del León y la casualidad le ha hecho vecino de Lope de Vega, que vive en la de Francos. La vecindad, la mejor comprensión, el ablandamiento del carácter que traen consigo los años de vejez, haciéndolo más humano y tolerante, han borrado las diferencias que los separaban. La existencia de Cervantes es recatada y tranquila. Pasea despacio las calles de Madrid, frecuenta las tertulias de literatos y alguna vez se acerca a los mentideros, sin excluir al más notorio de todos, el de la iglesia de San Felipe el Real, levantado en la Puerta del Sol justamente el mismo año de 1547 en que nació Cervantes, y en cuyas gradas se congregaban los soldados y valentones que volvían de Flandes o de Italia, o los que, por el contrario, buscaban enganche en la milicia; los pícaros y bigardos diestros en todas las artes e industrias del engaño y también los grandes ingenios de la época. San Felipe el Real era el ágora en que se nutrían todas las gacetas habladas y en donde se sabían todas las verdades secretas y se inventaban, para que tuvieran publicidad, las mentiras con las cuales se engordaba el escándalo. No era Cervantes propenso a ese juego de la murmuración y el toma y daca de las frases cargadas de malicia. Tampoco su ánimo sentíase inclinado a esparcimientos de tal naturaleza. La Fortuna, tan pródiga con Lope de Vega, mostrábase con él avara y reservada, hasta afligir de su talento no desmerecían ante los de na- en ocasiones al hidalgo, sabedor de que los hijos die. En una de esas ocasiones nos lo presenta su biógrafo Navarro Ledesma relatándonos un episodio, no sé si imaginado o verídico, que refleja bien los íntimos duelos de Cervantes. Ocurrió que en uno de los mentideros literarios a los cuales solía él concurrir hubo un cómico que, ponderando la cantidad y calidad de las comedias de Lope, hizo alusión envenenada a las que Cervantes tenía sin estrenar. Nada podía causarle pena tan aguda. Ya en su casa, Cervantes entró en el cuarto donde acostumbraba a trabajar, situado en el piso bajo, con una gran reja abierta a la calle. Estaba anochecien- do y Cervantes encendió un velón, colgó de un clavo la capa y el sombrero, se desciñó la espada y se sentó en el viejo sillón, junto a la mesa. Acercó a su lado un cofre que en un rincón estaba y de él fué sacando los cuadernos de papel de barba en que su pluma había ido escribiendo escenas y comedias de cuyo mérito sólo él parecía estar convencido. ¿Hallaríase, tal vez, engañado? Los que tenía por frutos jugo-

sos de su minerva, ¿no serían sino esperpentos sin sazón ni donaire? Una sensación profunda de fracaso le ganó la voluntad. Comparaba la desventura de aquellas obras suyas desdeñadas, con el éxito ruidoso y creciente que lograban las de Lope. Cervantes inclinó la cabeza y trajo a su memoria el pasado, las lecciones de la experiencia, las ilusiones y afanes de los años mozos... De su ensimismamiento vino a sacarle una alta silueta recortada en la puerta y la voz del propio Lope de Vega que venía a conversar con él antes de retirarse. Levantó el hidalgo la cabeza y Lope, sorprendido, exclamó:

—Cómo, ¿estáis llorando, señor de Cervantes?

En esa misma casa de la calle del León murió Cervantes. Cuatro días antes de morir escribió en la cama la dedicatoria del **Persiles** dirigida al conde de Lemos. "Llevo la vida —dice— sobre el deseo que tengo de vivir", para expresar luego una serena conformidad "si está decretado que la haya de perder." Fueron sus últimos dichos sentenciosos. Un apagado rumor de sollozos femeninos acompañó su agonía. Se iba Cervantes, pero se quedaba, para siempre, Don Quijote. Era el 23 de abril de 1616. Diez días más tarde moría también en Inglaterra el otro gigante que le hace par en la literatura universal: William Shakespeare.

LA CUARTA SALIDA DE DON QUIJOTE

La cuarta salida de Don Quijote tuvo lugar en el mes de julio de 1936 —notad que su primera salida también es en el mes de julio— y aventaja en heroísmos a todas las demás. Supo el Caballero que ocurrían en la República muchos y graves desafueros cuyos ecos turbaban incluso la paz de su aldea. Dijéronle que andaban levantados en armas los duques, los curas, los falsos caballeros de los Espejos, los Haldudos ricos, los yangüeses y los bachilleres y los cuadrilleros, todos aquéllos contra los cuales hubo de romper lanzas en defensa de la verdad y la justicia. Y a imponer ambas marchó nuevamente Don Quijote desoyendo los ruegos y llantos del ama y la sobrina que quisieran retenerle en sosiego. Había que deshacer más entuertos y vengar más agravios que nunca. Como antaño, Don Quijote hubo de luchar primero contra los galeotes, gente ruin y mal agradecida. Libres de todo freno, creyeron llegada la hora del botín. Poníanse anagramas y nombres sonoros para mejor encubrir su condición. Y mientras los menestrales y los pastores, y los artesanos, y el caballero vizcaíno y el del Verde Gabán hacían sacrificio de sus vidas conteniendo a los viles alzados en armas, ellos dábanse a desvalijar propiedades, violar doncellas y matar en despoblado con patente de impunidad. Más que los defensores de la República asaltada dijérase que eran la avanzadilla disimulada, aunque no mucho, de los asaltantes. Hasta que Don Quijote les puso mano encima y los redujo a obediencia.

¡Grandes y portentosas hazañas las de Don Quijote en esta su cuarta salida, la más gloriosa de todas ellas! Contra los ejércitos de los gigantones, en los que venían mezclados moros, cristianos y gentiles, peleó Don Quijote hasta quedar exangüe, sin importarle que los enemigos fueran más o menos, ni que trajeran celada de acero contra la suya de cartón. Lo que importa no es tanto vencer como no tener miedo a ser vencido. Pues de otro modo, ¿habría Don Quijote desafiado y resistido y humillado a los gigantones en aquel 7 de noviembre que recordamos hoy para honra de Madrid? Ese día se hizo madrileño Don Quijote.

De tan desigual combate, como todos los suyos, salió Don Quijote maltrecho y dolorido, pero no es verdad que haya muerto. Lo tienen preso en Alcalá, donde naciera su cronista Miguel de Cervantes, y Sancho, que lo visita, le dice al oído las nuevas de lo que acontece en el mundo y comparte las esperanzas del Caballero, harto convencido de que está cercano el día en que Don Quijote recobrará lanza y espada, pondrá en fuga a sus carceleros y dará buena cuenta de los malandrines y follones que osaron traicionar su confianza, mesarle las barbas y hacer burla de sus leyes de Caballería. Bien podemos atribuirle para entonces a Don Quijote el propósito que otro madrileño insigne, don Nicolás Fernández de Moratín, le adjudicaba al Cid en una de sus poesías más bellas:

Y es fama, que a la bajada
juró por la cruz el Cid
de su vencedora espada,
de no quitar la celada
hasta que gane a Madrid.

Y que nosotros lo veamos.

●

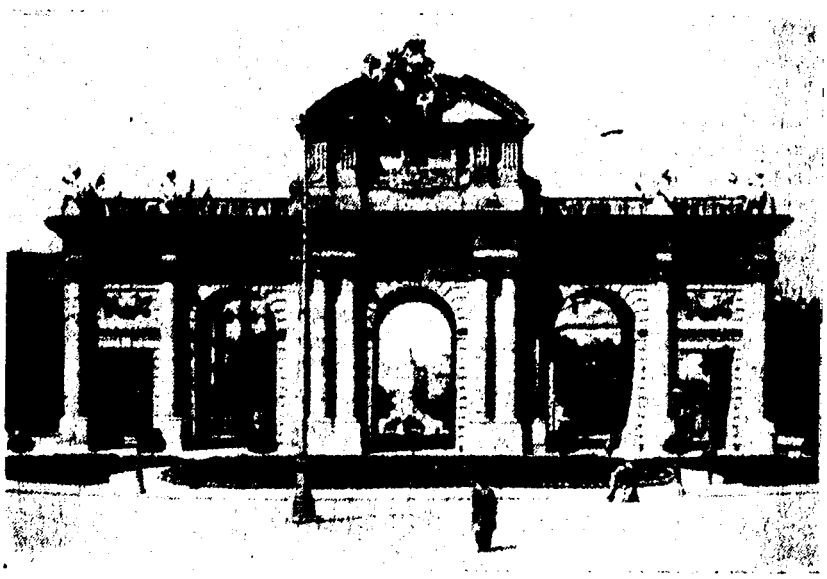
Dibujo del año 1797.

LA NOCHEBUENA DE MADRID

PAGINAS ESPAÑOLAS

Por Ceferino R. AVECILLA

(Este admirable cronista, hace un comentario de los días anteriores a la terrible guerra encendida por traidores y extranjeros. "Pavo y besugo en todos los hogares", dice en esta magnífica nota de color. Así era. ¡Tiempos admirables en que el pueblo se iba abriendo poco a poco su camino!).



La Puerta de Alcalá; una de las más bellas del mundo.

Entonces era inflexible el ritual madrileño. Y el ritual mandaba que el día de Navidad se fuese, al anochecer, a la Plaza de Santa Cruz a comprar musgo y figuritas de barro para el nacimiento; y a la Plaza Mayor a comprar cascajo en los puestos de los madrileños, y turrón y peladillas en los de alicantinos, y mazapán en los de toledanos. A la Plaza de Santa Cruz se ascendía por la calle de Esparteros, macizada de gente y con el aire lleno del zumbido, de las zambombas y risas de hojadelata de las panderetas y de los disparos de los tambores, y de ruidos y confusos de luces danzantes. Antes de medianoche se iba disolviendo todo en otros barrios. Las aglomeraciones de pastorcillos y de lavanderas y de reyes magos y de San Josés y Vírgenes y Niños Jesús y los rebaños y las mulas y los bueyes y las gallinas, y los ángeles con rocío de purpurina en las alas y embadurnados de pintura pegajosa, poblaban ya los "nacimientos" de todas partes, cuyos montes de corcho se reflejaban en ríos de cristal en un paisaje disparatado y lleno de velitas de cera de todos los colores, con el pábilo entre lágrimas.

A los tambores y a panderos, y a las zambombas se unían los almireces y las latas vacías apaleadas, y cuanto sirviera para llenar Madrid de ruidos frenéticos. Parecía que escalaban las fachadas para llegar hasta los aleros y desplomarse desde allí sobre las cabezas de los transeúntes. Mozos pálidos y mozas enrojecidas; voces agotadas en sus ronqueras; botas de vino, empinadas sobre los labios en cada uno de sus besos en las bocas: brazos trenzados; ritmo en la marcha; fatiga. En la Calle de Postas, el mundo de don Benito Pérez Galdós, dentro de las tiendas ciegas y sordas y de los viejos balcones iluminados, como faroles. En la escalerilla recóndita de la Plaza Mayor la sombra de Fortunata.

La mejor Misa del Gallo era la de San Isidro, porque San Isidro es el patrón de Madrid, y tiene su iglesia en la calle de Toledo, enfrente y próximo a la sastrería de don Pedro Lorite y junto al café de San Millán y a la Plaza de la Cebada. A la misa del Gallo de San Isidro iba la gente de "Cascorro" y la de la calle de Embajadores y de la Fuentecilla, nombres todos que alteran de emoción los pulsos de los madrileños que andan ahora por aquí con la esperanza allá.

Pues bien, ni la misa del Gallo se parece a ninguna otra misa, ni la de San Isidro a ninguna otra misa del Gallo. No van a oírla los católicos, sino "los castizos". Quienes no entran en la iglesia más que ese día, porque el oír misa a medianoche parece cosa para gente alegre, y porque, además, en el coro de la iglesia, se cantan villancicos como por las calles, y como los "peques" en las casas ante el nacimiento. Quiere decirse que el cantar es un rezo tan fuera de lo común, como el oír misa a medianoche. Y entrambas, cosas tan ajenas a los usos de los feligreses, que bien pueden ser aceptados por los madrileños de los alrededores de la Plaza de la Cebada, donde todos los viejos eran republicanos de los de Pi y Margall —"salud y república federal"—, y todos los jóvenes, socialistas de los de Pablo Iglesias.

Pero la verdad es que la Misa del Gallo de San Isidro, bombardeada luego como las más de ellas por los alemanes al servicio del orden, era una espectáculo increíble. Las familias barriobajeras llevaban allí el júbilo pascual e irrespetuoso de las calles sin espacio para contener los ruidos de la alegría escandalosa, como todas las sanamente populares. Rebotaba en las fachadas igual que pelotazos invisibles. Y había vidrios escalofridos como campanas. Y galopaba sobre las tejas rojas y curvas el

humo sonoro de la barahunda del barrio como si rodasen panderetas, panderos y tambores infantiles por la pendiente húmeda de los tejados.

Pues hasta dentro de la misma iglesia caían, desde ellos, y así no hubo en la medianoche de San Isidro Labrador —donde yace la momia gigantesca del santo campesino—, ni bisbiseo de labios movidos por las oraciones, ni hervor de los movimientos en común, ni el ruido de vuelo leve de las faldas. Pero se oía el de las sonajas como si fuese el de la respiración de las panderetas y del sordo cascabeleo de algún almirez de bronce, que caído desde las manos que lo sostenían rodaba, trazando un círculo sobre las baldosas frías de la iglesia. Y aún en algún rincón, y bajo un Cristo brillante y ensangrentado, o al pie de una columna recia y fría, empinaban los más federales la bota de vino con los labios húmedos de naranja.

Luego de terminada la misa, y extinguidos en el coro los villancinos, volvían a la calle aquellos malos fieles. Los puestos desbordados de la Plaza Mayor alcanzaban a la de Toledo, apretadísimos frente a la gradería de la iglesia para disputarse su proximidad. En el mismo átrio se reanudaba el alborozo. Descendía las gradas el torrente de ruidos para unirse a la corriente del cauce de la calle de Toledo. Había llegado la hora de cenar. Pavo y besugo en todos los hogares. Sopa de almendras gratuita en los cafés y a puerta cerrada. Madrid era aquella noche una enorme campana. Su repique iba declinando a través de las horas. Al amanecer del día siguiente se transformaba en un gran cascabel de oro como el sol nuevo.

Pero ya todo acabó en Madrid. ¿Qué ángeles podrán cantar ahora sobre sus ruinas y sobre sus muertos, "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad"? ¡Si todos murieron, Señor! Y desde entonces no hay en la tierra más que hombres de mala voluntad. Por eso la paz es imposible.

¡Ay, aquel Madrid!

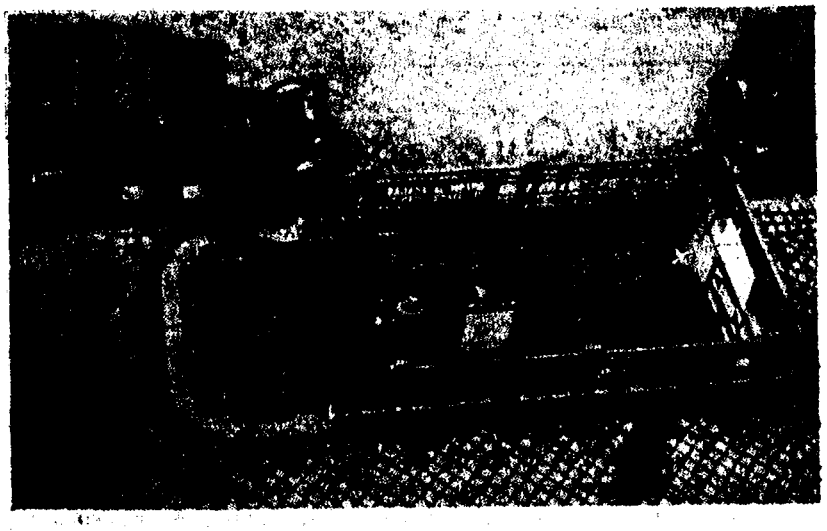
NOCHEBUENA DEL AÑO 1885

UNA CRONICA DE MADRID

Por J. ORTEGA MUNILLA

Las profecías del invierno no se cumplen.—Inspiraciones de la gastronomía.—De cómo el problema social toma un aspecto elegíaco al llegar Nochebuena. — Funerales regios. — Puntos brillantes de España.—La música religiosa y el tenor de moda.—Oración.

Aunque las profecías de los astrónomos nos habían hecho pasar los últimos días otoñales llenos de terror, pensando en los horrores de un invierno cruel, como pocos, la verdad es que hasta ahora el clima conserva cierta suavidad, no incompatible con los cierzos que el vecino Guadarrama envía sobre Madrid. Fuera de las nieblas, que en otros años no nos visitaban, y que hoy tienden sus cortinas entre el vecindario y el sol, puede decirse que el invierno se conduce notablemente, y no abusa de su incontestable poderío. Cuando llega la presente estación las fuentes se hielan, la escarcha cubre tejados y calles, y de los secos tallos de los árboles penden hebras de cristal cuajado por el relente nocturno, dividense los hombres en dos categorías; porque nunca con tal crudeza se marca en la sociedad la línea que separa a los ricos de los pobres, como cuando para pasar la vida medianamente es preciso un buen abrigo que abrochar sobre nuestros hombros, y un mediano monte de leña que arda chisporroteando en la chimenea. He aquí el por qué de la diferencia. La vida de Madrid es tan cara, que los pobres obreros cobran los mismos jornales que hace veinte años, y tienen que gastar el doble para atender a las necesidades más perentorias y urgentes. No hay que decir, pues, si quedará un real en su bolsa para comprar una espuerta de cisco que, encendido, llene de cariñoso calor su humilde buhardilla. Gracias que pueda calentar el estómago con sano alimento. Mientras el desventurado tiene que sufrir en todo su rigor las inclemencias del cielo, el hombre rico se crea una existencia puramente artificial, en que todo son caloríferos,



Un recuerdo del cotidianismo madrileño: cuatro salidas tenía el "Metro" en el Banco de España; aquí está la de Marqués de Cubas; allí los taxis típicos de antes de la guerra.

estufas, chimeneas, aparatos de aire ardiente, pieles australes o chibelinas, carruajes con cristales herméticamente cerrados, y bajo cuyos asientos ha sido previamente colocada cierta cantidad de cenizas de leña en artísticas cajas construidas al efecto. Si va al palco del Real, la empresa ha cuidado de que reine en el ambiente una temperatura agradable; si es aficionado a la caza, y va a las lagunas de Dalmiel o a las de la Albufera a arrostrar todas las contingencias del frío, y tirar a los patos, realizando una de las cazas más agradables de la cinegética moderna, también allí sabe industriar el lujo elegantes kioskos, donde nunca penetra el frío, y desde los cuales, por una tronera, el cazador siembra el espanto y la muerte entre los alados palmípedos, precursores en la zoología, del genio de Colón. Sin embargo, la naturaleza es tan sabia y noblemente ecualitaria que se insurreciona contra estas mistificaciones y contra estos abusos del oro; y en ocasión menos pensada, en el día más tranquilo, al salir de una puerta para entrar en otra, el rico es atacado por la pulmonía. Ella le esperaba escondida en la sombra, y le ha herido con *su florete de hielo, haciéndole* invisible herida en los pulmones; y entonces, caloríferos, estufas, Real, pieles todo resulta una irrisión del miedo; un comentario brillante a la vanidad de los hombres que quieren, por virtud del dinero, constituirse en raza superior a las leyes de la naturaleza.

* * *

Muchos años hace que mi profesión pone ante mi pluma cuartillas blancas para llenarlas con las impresiones volanderas que recojo en la calle y en todos los círculos, y siempre al llegar estos días, invariablemente, con una monotonía desesperante para mis lectores, he tenido siempre delante de mis ojos, destacándose con crudeza sobre un paisaje nublado, la silueta del pobre en el invierno. Describir la alegría de una compañía de ricos que comen deliciosamente en torno a una mesa bien servida, y no acordarse del que entre tanto y bajo las tejas de un sotabanco de las calles de Madrid engulle hambriento mísero bazofia, es tener el corazón más frío aún que esas tejas cubiertas de escarcho, que son el nido del jornalero madrileño. Y como la vida toda se compone de contrastes, la vanidad ha dispuesto que en estos días en que el pobre necesita más paciencia para llevar sus desgracias, se le presente por todas partes el espectáculo de la voracidad humana llenando los escaparates de las tiendas de perspectivas deliciosas, asombrosas. Idos a casa de Lhardy; deteneos un momento ante el escaparate de Pecastaing; refrenad vuestros pasos ante los cristales inmensos y resplandecientes de la tienda de Carlos Prast, y veréis qué inmensa cantidad pone en circulación el estómago del hombre, y qué industrias tan múltiples, tan variadas y tan ricas se engrandecen y prosperan, dedicándose al servicio de la gula. De las cinco partes del mundo llegan por las más rápidas vías para celebrar la bacanal cristiana de Nochebuena, cuanto de más sabroso contienen el aire, la tierra, y el agua. Los enormes salmones que se crían en los ríos alemanes, y la sabrosa trucha de nuestros pedregosos arroyuelos de Castilla; enfundados en hábitos franciscanos, de arpillera, vienen de York los jamones, que bajo esta apariencia monacal y austera, encierran todas las delicias de la carne; he aquí qué aurora de plumas, y qué arco iris de colores forman las alas y las colas de esa comparsa de faisanes que colgados del pico, rellenos de trufas, y con un collar de estrellitas de galantina, están convidando al rico a placeres que el pobre nunca ha soñado; largo catálogo forman todas las variedades de productos que con la leche se fabrican, y los escaparates exhiben: mil y una variedades de quesos; tantas y tantas otras de mantequilla encerradas en cajas de todas las formas, bajo etiquetas de todos los colores, y bajo los nombres de cientos de fabricantes; y en las partes más altas de los escaparates, *formando en ellos como el dentellado* de una almena, podréis ver filas de botellas de vino que encierran alegría y vigor; ved aquella negra cuyo tapón desaparece bajo un casco de metal azul y lleva en la panza un cartelón brillante en que aparece el nombre de la más simpática de las viudas, la *viuda de Clicquot;* aquel tarro de áspera arcilla, es la decantación misteriosa de los alcoholes y yerbas que preparan con cristiana piedad los monjes benedictinos; licor por todo extremo saludable, que hace digerir las piedras, y a cuya virtud evangélica se deben sin duda los sonrosados y lucientes colores que adornan las mejillas de aquellos venerables padres de la Iglesia.

La Nochebuena se acerca rápidamente, y trae para la familia un día de reposo y de reunión que en vano tratarán de borrar las ideas cosmopolitas del siglo y el materialismo dominante.

* * *

Desde hace ocho días, en Madrid se celebra cada mañana un funeral por el alma de S. M. el Rey Don Alfonso XII. En los funerales que se efectuaron el San Francisco el Grande, tomó parte una numerosa orquesta dirigida por Barbieri, y cantó Gayarre, con su hermosa voz de angel, las antífonas del siglo XVI, que parecen escritas para que a través de los siglos, un hombre, como el tenor favorito de Europa, arranque a aquellos enjambres de notas rojas o negras, pintadas sobre pergamino, las vibraciones misteriosas que en ellas dejaron los ignorados genios que han escrito la música de las perturbaciones cristianas y de los dolores del arrepentimiento.

* * *

Todo lo absorbe la política, y nunca como ahora ha parecido la de España un campo de Agramante.

Ahora que el año 1886 se acerca, debemos todos pedir al cielo que nos depare en los doce meses que le componen, un poco de calma, y un poco de paz.

(De "La Ilustración Artística")

¡Luis! Que aquí hay unos amigos que te están esperando!

Ha de notarse que en este número falta la mano de un entusiasta colaborador, que lo fué de los anteriores. Una larga enfermedad, de la que ya casi está restablecido, ha tenido al técnico LUIS GASCON alejado de los talleres. No es preciso expresar cuanto deseamos, primero por su cordialidad y compañerismo y luego por su atinada cooperación, que su salud le consienta pronto unirse de nuevo a nuestras tareas.

SIESTA EN EL JARDIN DE LOS FRAILES

Por Daniel TAPIA

Sólo un año vi conmemorar a Santa Mónica con toros embolados; dos becerros de muerte lidiamos, que contra todas las previsiones, en efecto murieron; desastradamente, pero murieron.

MANUEL AZAÑA.

Desde la ventana del comedor —la casa es la que habita en El Escorial Antonio Robles—, ventana como de celda, hasta la que hay que alzarse desde la penumbra interior buscando el apoyo de un banco de madera, se ve la Lonja. Vive Antonio en las Casas de Oficios, petreo engaste que sitia o defiende el Monasterio.

No es fácil ponerse de codos en aquella ventana, por lo que la visión suele ser fugaz. Por un momento, el momento en que permanecemos asomados, vemos más El Escorial que llevamos dentro, el figurado, que no el real y verdadero. Además, desde la ventana sólo se ve un paisaje, un Escorial, el del Monasterio; y de éste, únicamente la fachada que da a la Lonja Grande. No es, pues, lo que se divisa desde la ventana, sino una síntesis escurialense, en la que no hay más que un término, dos a lo sumo; Lonja y Monasterio. Forzados por la brevedad de la contemplación, la Lonja la presentimos más calurosa, y más geométrica y amarilla, más implacable y absoluta, la fachada principal del Monasterio. Parece como si ante la puerta que da paso al Patio de los Reyes se hubiese remansado toda la luz de aquel Imperio que no veía ponerse el sol sobre sí, y que ahora, tal el agua en una presa, aquella luz se agolpara pretendiendo inundar las lóbregas estancias o represas interiores, en las cuales hállase la sombra también acumulada desde muchos siglos atrás; sombra espesa, trasnochada.

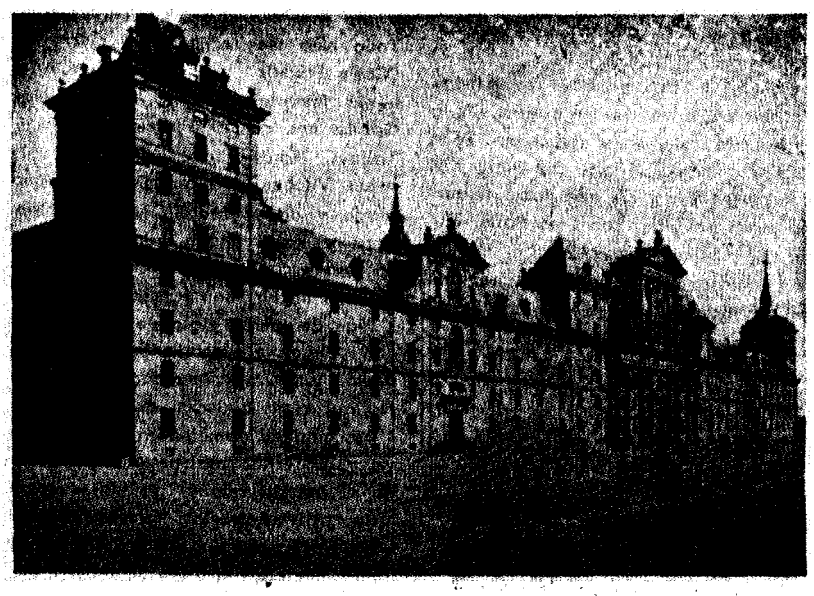
En efecto, en ninguna parte es el sol tan sol y la sombra tan sombra como en El Escorial, donde no hay vestigio de términos medios, trasunto de duda, peligro de posible confusión o matiz. En El Escorial es donde mejor se percibe la línea divisoria que aparta y confina lo antagónico. En El Escorial todo es absoluto, invariable; conciencia y arquitectura... hasta la sepultura, que no otra cosa es el Monasterio.

Si, desde la ventana, esta impresión de inflexibilidad se acentúa, podemos librarnos de ella con sólo volver la cabeza. La casa de Antonio es fresca, sombría y soleada a un tiempo, como celda o patinillo de suelo rojo y blancas paredes. En ella se aplaca y dulcifica esa agresividad del exterior, ese sol y esa sombra inclementes. Surge, dentro de la estancia, el milagro de la penumbra, del rayo de sol cernido. Y brota, espontáneo, lo que El Escorial no conoció jamás: la broma, el chiste, la palabra ingeniosa; lo que el Monasterio no admite, lo que es incompatible con su fajada tiesura: el buen humor, la dejadez, la buena voluntad.

Daniel Tapia, el escritor madrileñísimo, nuestro querido colaborador, junto a las tapias de la Huerta escurialense. En esa sombra que le cubre los pies, que es la del fotógrafo, se adivina la silueta y la capa de aquel gran madrileño que fué un padre; el fino poeta Luis de Tapia.

Nos hemos reído mucho en casa de Antonio Robles; quizá por quitarnos el susto del Monasterio, no sé. De vivir Felipe II, seguramente se hubiera preguntado quién escandalizaba allí, tan cerca de él, de sus llagas. Hay sobre las paredes y encima de la mesa algunos cacharros de porcelana y vasos de vidrio. De vidrio también, de vidrio azulado, el porrón nos señala con su dedo, no para recriminarnos por nada, sino para advertirnos de que en su generoso vientre nos tiene reservada la mejor sorpresa. Adivinamos ya la sangría pagana, rada escurialense, que vendrá después.

Antes, por la mañana hemos cruzado en diagonal la Lonja, herejes redivivos sobre aquellas brasas que no parecen haberse apagado sobre la extensión inquisitorial que sirve de base al Monasterio. Hemos pensado un instante en cómo arderíamos con nuestras alpargatas blancas, de esparto, y nuestro pantalón también blanco, de veraneantes: Antonio con su junco, como para avivar el rescoldo. Al fin, nos hemos refugiado o sumido en el goterón de sombra de la taberna del Gato Tuerto, donde en va-



El Monasterio de El Escorial; La Lonja.

sos de grueso cristal hemos probado el vino de la tierra. El sólo pensamiento de que por la tarde habrá toros, toros de esos que han de morir, en efecto, desastradamente, nos anima y alegra, nos abre el apetito.

Ya en casa de Antonio, y a medida que damos fin de la ensalada, el porrón ha de ser llenado de nuevo. En lo azulado de su cristalina superficie aparece otra vez el destello de la sangre nueva. Poco a poco, nos gana una envidiable campechanía y agreste impudor. Al cabo, irrespetuosos, de pie sobre la mesa, los pálidos antebrazos en tensión, la vista perdida en visiones y reminiscencias escurialenses, semejantes en un todo burlesco a los personajes que figuran en el primer término del San Mauricio, los comensales formamos círculo. Nos da, de soslayo, la luz que cae de la ventana. Remangados los pantalones, al viento las camisolas azules o amarillas, la semejanza con los mártires del cuadro es más completa. Alguno de nosotros, en su mano abierta como un lirio místico, recibe el porrón, que pronto circula entre los demás, todos los cuales exhiben esas piernas del Greco, a flor de piel la femoral, violáceas, tan escuálidas como las de los torerillos que alternarán por la tarde. Están los personajes del cuadro como dándose la alternativa, o tal que si se preguntaran qué va a ser de ellos, en vilo, comunicándose una angustia o pena que acaso no se ahogue más que con vino. Todo el cuadro es un interrogante, punto en todo caso de ansiedad, no de contrición.

Revivida la estampa, el sopor nos vence. Resuenan, lentas, las campanas del Monasterio. Por ellas nos damos cuenta de que ya no llegaremos a la corrida. Salimos, sin embargo, de la casa. Fuera, un sol plomizo —enervante— cae sobre nuestros hombros, nos aniquila. Por urtarnos a él y a la férula del rey Felipe, que ha de estarnos vigilando por alguna rendija de las innumerables ventanas de su palacio, nos entramos en el laberinto de bojes del Jardín de los Frailes. Al fondo, una tolvanera anuncia el caserío de Madrid, y otra más próxima delata la espantada en la placita de El Escorial de Abajo.

Nos tumbamos en la barbacana del Jardín. El silencio es tan absoluto, que a punto de quedar dormidos nos pareció que fuéramos a morir. Nuestro perfil de estatuas yacentes se recorta contra el luminoso y dilatado fondo. El aire huele a quemado; nos hace soñar con que a unos pasos están cauterizando las llagas del rey Felipe. Quietos, sin noción del tiempo, ausentes de cuanto nos rodea, pero atados a su influjo, que es poderosísimo, experimentamos la sensación de que nos vamos convirtiendo en piedras, en parte del Monasterio, en parásitos de él. Allá lejos, cuando la tarde cae y el sopor se disipa, contemplamos atónitos cómo el promontorio de la Pedriza, rosado ya, tórnase por momentos cristalino e ingrávido. Tras las últimas y fugitivas luces, El Escorial se entenebrece. Y entonces sí, de regreso, al cruzar la Lonja, la arena quema las plantas de nuestros pies y el terror se apodera de nuestra conciencia.

MADRID AL HABLA

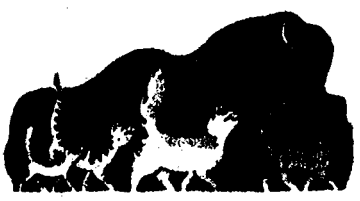
Desaparece "Casa Próculo" bodegón de recuerdos históricos

Por Carlos de SARAVIA

(El 12 de julio último, se publicaba en "Novedades", México una crónica de su corresponsal en Madrid, que entre otras cosas decía lo que sigue)

De aquellos tiempos que se fueron y en los que la gente vivía mejor, mucho mejor que ahora sin preocupaciones tan importantes como las actuales, todavía quedan algunos flecos en nuestro Madrid viejo. Pero la implacable modernidad les va haciendo desaparecer. Estos días le ha tocado el turno al antiguo bodegón de la calle de Vergara, en los aledaños del vetusto Teatro Real, modesto restaurante que vió nacer al siglo y conocido por el todo Madrid y de muchos de los que me leen en NOVEDADES, con el sobrenombre de "Casa Próculo". Por cinco reales, una peseta y veinticinco céntimos, dos platos, uno de pescado y otro de carne, pan, vino y postre. ¡Cuántos recuerdos amables de un Madrid que ya pasó nos trae a la memoria el cierre de "Casa Próculo"! En el ambiente del clásico figón —taberna con regusto de rancia solera velazqueña— flotaban los versos sonoros y pomposos de Villaespesa, del divino Rubén, del glorioso Amado Nervo y los poemas de amor de Emilio Carrere. "La amada mal vestida", "El balcón de mi casa", "La Corte de Faraón", "La Verbena de la Paloma", 'Alma de Dios", "La revoltosa", "El Tambor de Granaderos"...

Poetas y trotamundos, periodistas y literatos, cantantes y toreros. Toda la bohemia astrosa y reluciente. Toda la flor y nata del arte del siglo XIX que muere y del XX que nace. ¡Aquella mesa del Real con Luis París, María Barrientos, López Marín, Gabaldón,, Mariano de Cavia, Sánchez Fano! ¡Y aquella otra de Loreto Prado y Enrique Chicote, con Barbadillo, Carmen Andrés, Julita Fons, Pérez Lugín, el inefable "Don Pío" y Pepe Loma " el jacarandoso "Don Modesto". Ricardo Torres "Bombita", Machaco, El Gallo Rafael!



El cogollo y la esencia de la poesía y del arte de la capital de España. Todo esto me recuerda el cierre de "Casa Próculo", por donde desfiló el genio inmortal de don Benito Pérez Galdós con sus Episodios Nacionales, Tallavi, Morano, Calvo, Thuiller, Ernesto Vilches, Joaquín Dicenta, doña María y don Fernando Díaz de Mendoza y hasta algún personaje regio en una escapatoria palatina para pasar una noche "non sancta".

Más de medio siglo de la vida social política y literaria de Madrid ha estado latiendo y sonando en los muros del viejo bodegón de Próculo.

La piqueta demoledora de la nueva y moderna construcción ha derruido el amado refugio de tantos escritores, artistas, poetas, toreros, cantantes y periodistas. ¡Tanto recuerdo y tanta nostalgia para los de aquí y para muchos de los de ahí!

LOS 4 GATOS EN 1947

Festejos, donativos y otras actividades

He aquí, someramente referidas, las actividades de nuestra Agrupación durante el curso del año que ha evaporado:

En enero se colaboró artística y económicamente con el Centro Republicano Español en la celebración del día de Los Reyes Magos; fué una simpática fiesta infantil que no olvidarán los hijos de nuestros asociados, todos invitados a ella.

La fiesta del Patrón de Madrid, Isidro el Agrarista, fué celebrada con una castiza verbena en los salones del Centro, magníficamente adornados al estilo de las "kermesses" madrileñas. Con los beneficios de esta fiesta se hizo un donativo de 607 pesos para nuestros compatriotas residentes en Francia.

Naturalmente que la Paloma tuvo también su festejo con otra lucida verbena, para no olvidar las sabrosas tradiciones; en ella abundaron las guapísimas caras de nuestras madrileñas y de las muchachas de la periferia, sin faltar la representación mexicana que ¡oiga usted! fué una representación de concurso.

Nuestras "autoridades gatunas" estuvieron presentes en un banquete de homenaje, mitad en broma y mitad en serio, que se le ofreció a don Manuel R. Tarifa, por su gracia inigualable y generosa.

También se asistió a la comida que fué ofrecida a los triunfadores del castizo "mus", que ganaron los maestros Lucas y Pujana. Y a otra que se ofreció, derrochándose humor por los cuatro puntos cardinales, a los siete doctores de la Clínica de Nuevo León 30, tan admirados y queridos.

En mayo hubo elecciones para la renovación de la Directiva, quedando esta constituida en la siguiente forma: presidente, don Vicente Serrano; secretario, señor Roncero; tesorero, señor Tarifa, y vocales, señores Villa, Dr. Meda, Robles, Valencia, Gómez Yunta y Pérez.

La epopeya del 7 de noviembre de 1936, en la que el pueblo de Madrid asombró al mundo por su heroísmo fué conmemorada por nosotros como se refiere en otro lugar de este número.

Se están llevando a cabo en estos días, con la colaboración desinteresada del señor don Hilario Toledo, unas insignias de plata para nuestros socios, que han de ser como una preciada condecoración de nuestro destierro, acaso heroico para los que mejor lo han sabido llevar.

Y en fin, para que el año no acabe así, de vacío, deseamos que la Agrupación obsequie a sus asociados con la cuarta salida de su revista.

¡Un número más... y van cuatro! Uno por gato. Estamos, como se dice, "en un momento crucial", porque ¿ustedes no saben que los gatos tienen siete vidas?... Pues estos andan por el séptimo año de la suya: un número por gato y un año por vida: ¡exactamente!... Hay coincidencias que asombran. Mas no asustarse; estos felinos han sido siempre muy dados a la brujería... y sin embargo les gustan las gatas como a una persona mayor; además, los nuestros están en lo mejor de la edad.

Y otra y mil veces, ¡Feliz Año Nuevo! y ¡Viva México!

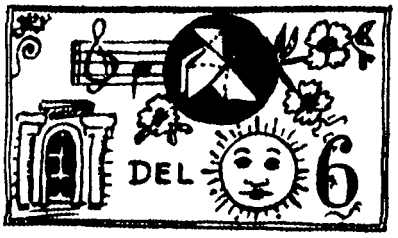
LA DIRECTIVA

EL CIELO DE MADRID

(1092)

Por Luis BELLO

Los matices del cielo; las irisaciones y transparencias del azul al violeta; los rompimientos de gloria; las escenas trágicas en que sucumben gigantescos personajes imaginarios, en parte alguna podréis encontrarlos como en el cielo abierto de Madrid, a la hora del crepúsculo vespertino, en la herida blanca de polvo y de yeso de la Gran Vía. Don Francisco de Goya, gran catador de cielos, sabía distinguir, entre todos, el de la villa y corte; y así como Velázquez halló la luz clara en que se fundían todas las horas de la meseta, y supo pintar a esa luz, eligiéndola como una norma, como la más pura y la más aristocrática, él no quiso prescindir ni del accidente ni de la violencia, y nos dejó esos cielos tan bellos y tan dramáticos, que valen ellos solos por todas las figuras y por todo el paisaje, como sigue ocurriendo en el año de gracia de 1920.



—"La Pajarita", ¿te acuerdas?
—¡Claro que me acuerdo!

MADRID AL DIA

(Del ABC)

EL LATIDO MADRILEÑO BAJO LA BOTA DEL DICTADOR

El "A B C" de Madrid publica una sección diaria con este título. De algunos números, publicados a fines del verano último, recogemos unos cuantos párrafos de dicha sección, a los que no ponemos ni quitamos ni una sola coma. Ello servirá para que nuestros lectores sientan palpitar "al día" aquel amado Madrid; pero es doloroso que, en muchos de dichos párrafos, si se leen con detenimiento, se advierte el poco esplendor de que goza hoy en su rincón querido el madrileño, al que enviamos nuestro recuerdo más fervoroso y nuestro más fraternal sentimiento.

Nuestro buen humor se ha deslizado fácilmente al chiste, cuando hemos visto que hoy reparten a los madrileños carne congelada. Eso antes, dijimos picaramente, cuando los 40 grados; hoy, con 25,3 a la sombra, la preferimos asada y calentita. Para que el posible "tan-tan" no se quedara inédito hemos corrido a un teléfono público y allí se nos heló la broma. Nos costaba la ficha 60 céntimos y desistimos de hablar. ¡Todo sube!

Nuestros más ilustres cronistas siguen lamentándose muy galanamente. La desaparición de los más históricos cafés de la villa les duele muy justamente. Anoche era el decano, don Mariano García Cortés, quien recordaba "cosas" de los cafés Madrid, ya enterrado, y Castilla, gravemente enfermo. Nosotros estamos conformes con los castizos escritores, pero nos permitimos decir que cafés sin café tienen que morir por muy grande que sea su historia. Ya sabemos que la culpa no es de ellos ni de nadie, pero la realidad es esa. Podemos convertirnos en museos de todos los recuerdos, hasta del café.

Se anunció el propósito municipal de suprimir eso de entresuelo, principal, primero A, etc. en los pisos de las casas. Serán 1º, 2º, 3º, y así hasta el ático, numerado igualmente. Nadie podrá presumir sin razón: al pan, pan...

* * *

Si observamos cualquier calle a cualquier hora, comprenderemos la vitalidad de este pueblo. Por eso cuando, como ayer, el Metro sufre un accidente y deja de circular, el problema que se plantea es casi pavoroso. El accidente no tuvo consecuencias dolorosas, pero dejó sin servicio durante unas horas línea tan popular como la de Cuatro Caminos-Ventas.

* * *

Se han casado en el mes de julio 1.032 parejas en Madrid. ¿Problemas? Nadie duda que existen, pero esos novios tienen el valor de afrontarlos.

* * *

Hoy el precio de los periódicos es de cincuenta céntimos. El periódico es uno de los pocos artículos que se vende a su precio. Y no es caro. Viven de él centenares de familias y sus servicios y materias primas valen bastante más de los dos realitos.

* * *

Hoy, 10 de agosto, recordamos a los que heroicamente se alzaron en ardida protesta CONTRA LA POLITICA DE LA REPUBLICA QUE LLEVO A ESPAÑA A LA MAS TREMENDA GUERRA CIVIL de su historia. El hecho fué en varias provincias españolas, pero se inició en Madrid y tuvo por escenario la plaza de La Cibeles. Aquella mañana, la sangre de los primeros mártires subrayó el destino de un régimen FUERA DE LA VOLUNTAD NACIONAL DESDE SUS HORAS INICIALES.

Con respeto y sin que que se marchite el recuerdo, lo recogemos emocionadamente.

El lunes comienzan las restricciones en la luz y energía eléctricas, que, aunque generales para toda España, por afectar principalmente a las grandes urbes, recogemos en esta sección. Un corte semanal desde las ocho y media de la mañana hasta las siete de la tarde, con apagoncillos de anuncios luminosos y apagoncetes de escaparates.

* * *

A primera hora de la mañana de ayer juraron la bandera los caballeros aspirantes que hacen su servicio en el campamento de La Granja. Esto no ha ocurrido en Madrid, pero los muchachos son madrileños, y más de tres millares de familias han sentido la honda emoción del momento. El momento en cuya hondura vibra la transformación del niño en hombre, al hacer el juramento de fidelidad y sacrificio a la Patria.

* * *

Se celebró una solemne misa en la iglesia del palacio de El Pardo por la señalada festividad y día del onomático de la esposa de Su Excelencia el jefe del Estado. Tanto doña Carmen Polo de Franco, como el Generalísimo, recibieron a diversas Comisiones civiles, militares y de la Marina, que acudieron a cumplimentarles.

En el ministerio de Marina tuvo lugar una función religiosa en honor de la Patrona de la Armada, con asistencia de las más altas autoridades navales.

Apareció en La Cibeles, y en el domicilio de una importante compañía de navegación, un altar de la Virgen de los mares y los marinos, rodeada de maquetas de barcos.

* * *

Un amable comunicante, que vive en la calle de Eduardo Aunós, escribió una carta a esta sección, de la que se entresacan algunos conceptos; los que siguen: "Para que usted se percate de cómo se trata a los árboles por mi barrio, le expondré el nuevo sistema, que tal vez no conozca: Todas las mañanas, a las ocho, ni minuto menos ni más, se presenta un rebaño de treinta o cuarenta cabras, cuyo pastor, provisto de una tralla, se dedica a sacudirla con frenesí contra el ramaje de los árboles para que, con lo que caiga, sus animales tengan pasto abundante y gratuito".

* * *

Llegó de Toledo a esta villa, donde permanecerá cuatro días el cardenal primado, doctor Pla y Deniel.

Al presidente de la Federación Española de Fútbol, el embajador de la Argentina le hizo entrega del trofeo regalo de doña María Eva Duarte de Perón.

Túvose noticia de un importante servicio policíaco realizado estos días por una brigadilla de la Comisaría del distrito del Centro, que logró dar caza a un peligrosísimo malhechor, autor de cruentos atracos, que al ir a ser detenido hizo frente a los agentes, resultando muerto. ¡Sus y a los malhechores! Y nuestra felicitación a los bravos guardadores del orden y la seguridad.

Recibimos algunas cartas de comunicantes espontáneos subrayándonos en ellas que "no todos los cafés, bares y salas de fiesta han suprimido el tanto por ciento correspondien-

te a los cupones-primas". Si eso es cierto, y no tienen por qué engañarnos nuestros comunicantes, que refrendan sus protestas con sus firmas, nos parece mal, y que a los dichos industriales habrá que llevarlos a la razón y al cumplimiento de la ley.

* * *

En la calle de Bravo Murillo, a primera hora de la noche, se cayó un cable del tranvía. Como ocurrió a la altura de la glorieta de Quevedo, pasos más, pasos menos, la interrupción del tráfico originó una aglomeración que no fué fácil de disolver dado el tráfago del citado centro.

* * *

¡Luz..., más luz!... en Madrid. No en "Madrid al día", sino en el de por las noches. Si es verdad eso de que el hombre es capaz de modificar la Naturaleza, por lo menos hágase que los varones que constituyen el excelentísimo Ayuntamiento arreglen el tránsito nocturno de las calles. ¡Y nos daremos por satisfechos! En ese supuesto arreglo que entre algún que otro farolito para esas "calas" en medio de las calzadas, sólo rodeadas de unos hierrecitos, y propicias para que se t u e r z a un pie... el primer automóvil que pase. Y es que anoche, queridos lectores, a nosotros nos sucedió que por poco damos la vuelta de campana en un taxi, por la gracia de uno de esos agujeritos sin farolillo colorado, debido, acaso, a la escasez del aceite. (Y conste que éste nada tiene que ver con el fluído).

* * *

Tuvimos noticia del fallecimiento de dos cafés más. Pese a que refrescó, se nos dijo que murieron por asfixia.

* * *

Y ya que hablamos de iniciativas, trabajos o intervenciones para el mejoramiento urbano de nuestro digno Ayuntamiento, acogemos el ruego de un lector que nos pidió significásemos la necesidad de la urgente reparación del puente derrumbado que conduce el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, ya que los taxistas, con razón, se niegan con frecuencia a conducir hasta el camposanto a viajeros que solicitan sus servicios, por el pésimo estado del camino por el que ahora hay que pasar necesariamente, que destroza las ruedas de los vehículos. ¡Que no se diga que las obras del susodicho puente parecen "de romanos", por lo lentas, estando encomendadas a madrileños!

U n o s desaprensivos, fingiéndose inspectores de Abastos, anduvieron tratando de hacer uso fraudulento en su provecho de la personalidad que usurpaban. ¡Así, que mucho ojo!

Hubo tormenta tonante y relampagueante, con sus buenos rayos y todo. Pero con poca agua. A eso de las tres de la tarde, una exhalación cayó en un inmueble de la calle de Churruca, produciendo incendio y alarma en los alrededores. De todas maneras, llovió un poquito y refrescó bastante al atardecer.

Desde primera hora de la noche, los paseos de Recoletos y la Castellana presentaban una absoluta oscuridad, tanto que los transeúntes debieron creer que se encontraban, por arte de magia, en los túneles de los enlaces ferroviarios en pleno "apagón". ¿Es que se celebraba un concurso de andar a ciegas?

* * *

Como nota de la mañana, y quizá de todas estas mañanas, se registró en la llamada estación del Norte, a la llegada de los trenes procedentes del Cantábrico, y del sub-expreso de Hendaya, una absoluta ausencia de taxis y una parquedad en los ómnibus, que hay que ser un privilegiado para obtener un asiento. Preguntaron los ingenuos viajeros si había huelga de taxistas, y se les dijo que eso de las huelgas no se estila, pero que hay emigración, y que lo que Madrid pierde en este tráfico acaso lo esté ganando Barcelona, por aquella ley natural que los modernos científicos proclaman de que nada se pierde en esta bola terráquea, vulgarmente conocida por Mundo o Globo.

* * *

Se advirtió por la Compañía Telefónica Nacional de España a los señores abonados al teléfono y público en general que desde el día 1 del próximo agosto —o sea desde pasado mañana— entrarán en vigor las nuevas tarifas, aumentadas, por supuesto, para el servicio urbano e interurbano. Sabemos que a muchos abonados se les ha cortado la comunicación del susto, mientras los que tienen solicitados teléfonos, pese a las reformas operadas con ampliación de los números a seis cifras, continúan esperando, quizá hasta el día del Juicio Final.

* * *

Santa Marta de los hosteleros y toberneros, que celebraron la festividad de su Patrona con solemnidad, boato y ¡calor! En la iglesia de Santa Cruz tuvo lugar la misa, a la que asistió la casi totalidad del gremio. Terminada la ceremonia religiosa, el "prohombre" de la Cofradía leyó, ante los presentes, el acta de constitución de la misma. Por último asistieron a la comida de hermandad, en la que, además, fueron comensales sesenta productores parados. ¡Con las alegrías del ágape, a ver si los colocan!

* * *

A eso del mediodía, algo después, descargaron las nubes sobre la capital. ¡Pero hay que reconocer que Madrid está bonito en los reflejos del agua en el pavimento! (En el pavimento sin obras, por supuesto).

En la lluviosa mañana hubo sesión municipal y nos enteramos de que hay mil quinientas licencias de taxis vacantes. Pero ¿qué ocurre con esos venerables y raros vehículos... que emigran? Al parecer existe una Empresa que desea poner al punto trescientos. Y el señor alcalde dijo que le parece bien, ¡pero sin trucos! Taxi que se "eche" a la calle, taxi que tiene que estar con banderita por lo menos cuatro años. ¡Los coches para particulares hay que buscarlos en otro sitio!

—o—

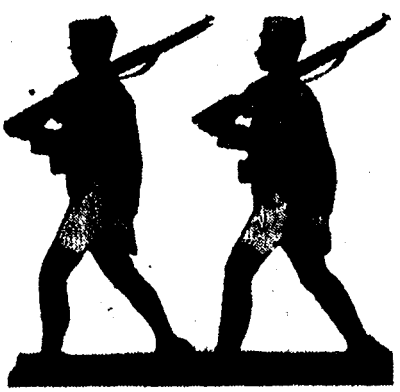
¿Qué ocurre estos días con el flúido eléctrico? Con eso de haber caído abundante agua, "la corriente" se ha resentido. La luz se pone mortecina en las casas y da una tristeza estar en las habitaciones sólo comparable, en intensidad, al esfuerzo que hay que hacer con la vista si se trata de emprender alguna lectura, aunque la letra impresa sea gruesecita.

A eso de las dos de la tarde se nos ocurrió hacer un viaje en tranvía. Y las interrupciones que sufrió el "popular transporte", desde La Cibeles hasta la primera puerta del Retiro, acabaron con nuestra paciencia. Desde luego, a pie hubiéramos llegado mucho antes a nuestro punto de destino.

* * *

Se hicieron públicas por la Prensa las sanciones a unos individuos por viajar incorrectamente en el Metro. Una buena campaña contra la incorrección la verdad es que está haciendo mucha falta. ¡Y está muy bien iniciarla con energía! Hay mucho campo, mucho: Metro, autobuses, taxis, cafés, calles, parques. Como empiecen a publicarse las sanciones, ¡adiós el sitio para otras noticias!

ESPAÑA AL DIA



Viñetita "al tiempo".

EVOCACION DE LA PRADERA DE SAN ISIDRO

DEL MADRID QUE SE HA IDO

Por Fabián VIDAL

(Copiamos algunos párrafos de un artículo publicado a su tiempo por este ameno y magnífico maestro del periodismo).

En estos días de mayo, me he acordado mucho de la Pradera de San Isidro. Me veo, jovenzuelo despreocupado y risueño, recorriendo, con otros muchachos y las modistillas de un taller próximo a la redacción de *La Correspondencia*, las instalaciones agrupadas entre la Ermita y el río, comprando "pitos del Santo" y rosquillas "de la auténtica tía Javiera", subiendo a los columpios y bailando al son de murgas más o menos regionales. Y evoco a los *Isidros*, a los *pardillos* de la provincia matritense y de las cercanas de Avila, Toledo y Segovia, con sus mujeronas de pañolón y refajo y sus asombrados chiquillos de faja y calzón, ambulando por el campillo verde, agolpándose delante de la capilla, bebiendo agua de la fuente milagrosa y repitiendo con honrada convicción, los versos célebres:

"Pues San Isidro asegura
Que si con fe la bebieres
Y calentura trujeres
Volverás sin calentura"

Un boticario de la Cava Baja, me dijo, en cierta ocasión, que el agua de la Fuente de la Pradera, que él había analizado, tenía, indudablemente, virtudes febrífugas. En toda leyenda hay siempre una vieja verdad...

— o —

A comienzos del siglo actual, eran casi desconocidos en Madrid los automóviles. Ya no se iba a la Pradera, el 15 de mayo, en calesa de campanillas, pero sí en manuela o góndola. Los barrios bajos, desde el amanecer, volcaban sobre la Puerta de Toledo sus chulapillos y sus chulapillas y sus graves majos provectos. La ancianidad y la juventud, el ayer y el mañana, fraternizaban jubilosos. Se bailaba el "agarrao" y se bebía morapio de Arganda, rojo como la sangre. Y la isidrada pueblerina, cumplido el rito obligado y tradicional, contemplaba, admirada y recelosa, el espectáculo de la alegría barriobajera matritense. No se mezclaba a él. Se asustaba de los gritos, de los dicharachos, de las risas, de los piropos incomprensibles para su inteligencia roma, de los altos y de las burlas. No comprendía. Ojos muy abiertos, bocas más abiertas aún, manos morenas metidas en los pliegues de fajas negras, se alineaban a lo largo de la ribera manzanareña. A lo lejos, amarilleaban las glebas de Carabanchel. Una carretera, blanca y polvosa, descendía a la estepa manchega, buscando el Camino Real de las Andalucías. El sol llameaba en la comba azulada del alto y an-

Escenas de la Romería de San Isidro, hace 90 años...

BIBLIOTECA
Ateneo Español de México

LA FUENTE DE SAN ISIDRO

Si el que con fé te bebe
sus males cura,
¿por qué Lola en vez de agua
..marido busca?

churoso cielo castellano. De la Moncloa llegaba un airecillo acariciador que perfumaran las frondas de la Florida y los pinares de la sierra. Madrid se dilataba hacia el norte, elevando simbólicamente su pétreo Palacio Real, que se asomaba al Manzanares y lo miraba fijo con las pupilas de innumerables ventanas simétricas. Un vaho caliginoso se alzaba del caserío abigarrado y brillante. Los trenes silbaban y trepidaban en sus tres estaciones ferroviarias. Y seguía descendiendo por la calle de Toledo, la ola interminable de la doble isidrada, urbana y rural...

—o—

Don Ramón de la Cruz fué a la Pradera. Y vió en ella a Juan Palomo. Sentado en el suelo, ante un fuego de leña, guisaba su condumio campestre. Y decía sentencioso:

"Soy Juan Palomo.
Yo me lo guiso.
Yo me lo como".

Y don Ramón de la Cruz, sacaba un lápiz y un cuadernillo y trazaba unos renglones. Y, Juan Palomo, encarnación del egoísmo satisfecho, pasaba a la Historia del Costumbrismo de España, y a su refranero, en un sainete inmortal...

Transcurrían los años. Y don Ramón de Mesonero Romanos que aun no había escrito *Memorias* de un *setentón*, llegaba a la Pradera un día de San Isidro. Después de afianzarse sobre la nariz sus gruesas gafas de miope, se mezclaba a los grupos. Nadie se fijaba en él. Entraba a la Ermita. Mercaba rosquillas. Comía buñuelos regados de aguardiente de Chinchón. Entablaba rápidos diálogos con las vendedoras de frutas y dulces. Escuchaba. Intervenía algunas veces, en conatos de pendencias y hacía de mediador amigable. Y como era un *usía*, le respetaban y le daban la razón...

Y por la noche, de vuelta a su hogar confortable de burgués acomodado, cogía su pluma de ave, la mojaba en su negro tintero de cuerno y a la luz de una lámpara de aceite de oliva, escribía uno de los artículos más famosos y gustados de su magno *Panorama Matritense*, documento social de una época de España...

Don Carlos Arniches, con dos tiples y dos autorzuelos de obrejas cortas, ha estado en la Pradera. Serio, cejijunto, callaba y observaba. Allí conoció al manolo matón. Y al bravo panaderillo imberbe. Y a la Isidra desgarrada y juncal. Y al señor Matías. Dos meses más tarde, aquellos arquetipos del pueblo madrileño subían a la escena de Apolo. Y hablaban en su pintoresca verba inimitable. Y cantaban al compás garboso de musiquillas pegadizas. Y reñían. Y se piropeaban. Y bailaban. Y pasaban a la perennidad de un teatro que no acabará nunca...

—o—

1937. 15 de mayo. He ido, en viaje rápido, de Valencia a Madrid. He tomado un tranvía en la Puerta del Sol, junto a Gobernación. He bajado en el Puente de Toledo, que corta una enorme barricada de maderos y adoquines. Me he deslizado por un callejón sombrío. Y he pisado el suelo de la Pradera...

¡Ay! No reconozco el paraje. Una trinchera honda y fangosa lo parte siniestra en dos mitades. Y muy cerca de ella, tabletea una ametralladora y ruge un cañón...

(De "Excélsior")

EL BARRIO DE POZAS

Una crónica publicada en 1921

Por A. VELASCO ZAZO

Al mismo tiempo que comenzaron las edificaciones en el apartado barrio de Argüelles, trazáronse las principales vías que le unían con la parte oriental de la montaña del Príncipe Pío, desmontando y terraplenando los altozanos que se alzaban hacia el antiguo Seminario de Nobles.

La montaña estaba cercada y tenía en su mismo límite, hacia el exterior, la capilla fundada por doña Leonor de Moura, en la cual se conservaba una de las copias del lienzo de la Verónica, cuya reliquia adoraron y siguen adorando los madrileños en la mañana del Viernes Santo, dando lugar a la romería de la Cara de Dios, recientemente suspendida.

Aquel ensanche portentoso, asiento de un nuevo Madrid, recibió el nombre de Pozas, tomándolo del arquitecto que construyó el cuartel de la Montaña. Desapareció el callejón del Príncipe Pío, junto al convento de las Adoratrices; derribóse la tapia que desde Afligidos bajaba hasta el parque de Palacio, por donde la fuente de la Regalada; hízose plaza del solar del convento de San Joaquín, y se dejó al descubierto el magnífico palacio de Liria.

Eje principal de la barriada era la calle del Conde-Duque, luego de Olózaga y posteriormente de la Princesa, cuya apertura se llevó a cabo para solemnizar el nacimiento de la infanta doña María Isabel Francisca de Asís, hoy vecina del barrio aristocrático. Con tal nombre también se conoció algún tiempo la travesía del Arenal.

La calle de la Princesa, como sus hermanas, corría entre terraplenes que en pleno campo formaban pequeños cerros, desde los cuales se divisaban los portillos del Conde-Duque y de San Joaquín. Había unas huertas, pasada la plaza del Seminario, que llegaban hasta el paseo de Areneros y casi tocaban con las canteras de Vallehermoso. Una fuente brotaba al pie de un barranco. No pocos menestrales solían merendar en dichos parajes las tardes domingueras. Gentes del contorno partían y comían piñones mientras tomaban el sol. Y a bañarse en la luz maravillosa de ese sol, acudían algunas parejas de frailes.

El barrio de Pozas urbanizó y modernizó el resto de la montaña del Príncipe Pío, formando con el de Argüelles un caserío simpático y pintoresco, al par que saludable, que en poblarse tardó poco más de seis años.

A su mejoramiento contribuyó la construcción de la iglesia y hospital del Buen Suceso, obra de Villajos, prosiguiendo de este modo la historia del Real Hospital de Corte, que estuvo en la Puerta del Sol y al que dio nombre la imagen venerada con anterioridad en una sala del Hospital general. Era aquella historia la de un tiempo pretérito, de sencillas costumbres, amenas anécdotas y raros estatutos, por los que se reglaban una cocinera que cuidaba maternalmente a los enfermos, un relojero que todos los días daba cuerda a las máquinas y un aguador que por un real cumplía con largueza su misión. Con el producto de sus propias rentas sostenía dos camas para plateros pobres y otras varias para los empleados de Palacio.

Además de la Virgen del Buen Suceso, tradicional porque a ella dedicaban las Reales Personas la Salve del sábado, el templo vióse avalorado con otra imagen, la de Santa Elena, puesta allí por devoción de la reina doña Isabel II, a la que le costó bastante trabajo encontrar dicha Virgen. Esta iglesia, por privilegio especial, rezaba tres misas de punto, diciendo la última a las dos por el alma de cierta criada a quien erróneamente se condenó a la pena de muerte, acusándola de un robo no cometido. La misa de dos, a la que acudían los "católicos de tono", fué comentada por los antiguos revisteros de sociedad.

El barrio ganaba de día en día, con la plantación de árboles, el nuevo alumbrado y los palacetes aristocráticos que hoy tienen su continuación en las familias próceres de Alba, Hinojares, Mayorga, Valencia, Albaida y Monteagudo. El Seminario que habitaron los jesuítas, y que tenía un bonito teatro, se destinó a Hospital Militar, incendiado más tarde. Se inauguró la Cárcel Modelo. Cruzó el primer tranvía y se le hizo la estación. Prolongóse la calle de la Princesa hasta el paseo de San Bernardino, que llevaba al asilo de igual nombre. Se convirtió en camino urbano la cuesta de Harineros, mal llamada de Areneros, cegándose el barranco que venía desde el viejo molino quemado.

De todo lo antiguo, no quedaron más que el palacio de Liria y la casona llamada del Duende, donde unos jugadores y monederos falsos crearon la célebre leyenda.

A tanta reforma añadiéronse no pocos proyectos: el de morir allí la calle de Ballen, que arrancaría de la glorieta del puente de Toledo; el de trasladar al Seminario el ministerio de Gracia y Justicia; el de hacer una gran plaza a espaldas del Buen Suceso; el de recibir las dos alamedas de Vallehermoso y de la Fuente Castellana. Lo cierto es que los terrenos para edificar doblaron en poco tiempo su valor, y que un hálito de vida cortesana se entró de lleno en la nueva zona del barrio de Pozas.

EL MADRID DE 1856

O un desterrado pesimista

(Notas del Siglo pasado)

El crítico don Eugenio de Ochoa fué desterrado cuando los sucesos de La Granja, en 1836. A su regreso publicó un libro con la fisonomía de tres ciudades: París, Londres y Madrid. Puede decirse que se nos ofrece en esa obra el Madrid de 1856.

Al pisar de nueva España, a Ochoa le parece que las caras con que tropieza en la calle tienen un torvo ceño hostil, una mueca de malevolencia: es el "aire crúo" del que envuelve su cuerpo en la pañosa. No se viste ya a lo chispero, pero queda el resabio, y la "sal española" se confunde con la grosería y la insolencia. Las caras mohinas eran de cesantes impurificados, blancos, negros, progresistas o moderados. Piensa que con la suma de bilis atesorada en los temperamentos españoles habrá para surtir a Europa. Para remediar los males de la Patria, pide se rectifiquen las ideas torcidas; más que sabias leyes, formar una buena opinión pública. Y señala dos malas cualidades: la intolerancia y la envidia.

No encuentra justificada la frase "De Madrid al cielo", etc. La capital le parece un pueblo bastante feo, absurdamente caro; se queja del clima, de sus contrastes violentos, pero reconoce que aquí vive bien el que tiene dinero y buenas relaciones, pues puede proporcionarse de todo: como hoy.

De las tertulias quisiera desterrar tres cosas: el cigarro, la política y los gritos. Le parece familiaridad insolente el que, hablando de señoras, se diga la Tal o la Cual. De Madrid le encanta su tamaño, ni demasiado chico, ni demasiado grande. Hoy, si lo viese, quizá le pareciese que había crecido demasiado, pues ya no está todo a mano. El único beneficio que veía en que fuese mayor, poderse establecer ómnibus. Había circulado una línea de Recoletos a Palacio, pasando por la Puerta del Sol, más la empresa no pudo sostenerse. Cuenta haber viajado en uno de ellos, conducido por un manolo de calañés, el cual pedía los cuartos diciendo: "¡Ea, señores, vamos soltando la mosca!"

Critica la falta de limpieza en las calles, el que que los "guindillas"

EN EL CORAZON DEL SIGLO XIX

A todo el que madruga, Dios le ayuda;
Que madrugue en Madrid si hay quien lo duda.

(Dibujo de Ortego, 1860).

fuesen arma de partido, la abundancia de letreros en las paredes, las riñas de muchachos azuzados por el transeúnte, las palabras soeces y las impiedades absurdas. Pinta un Madrid mal hablado, que se complace en destruir y ensuciar, llenando las fachadas de chafarrinones apenas las ve limpias. Faltaba a sus edificios un sello de grandeza, y, fuera del Palacio Real, tan sólo eran excepción, entre los caserones sin carácter, el palacio de Alba y el de los Villahermosa, obra de Villanueva. Todo lo encuentra a medio concluir: el Palacio Real, San Fransico el Grande, los Jerónimos; en el Congreso, por falta de fondos, lucían un frontón y unos leones provisionales, de yeso, los servicios del Estado carecían de edificios propios, incluso la Biblioteca.

Madrid rendía especial culto a la holgazanería, hallando especial favor los que sembraban paradojas en torno a una mesa de café. Faltaba público para el literato, el atista y el hombre de ciencia. Parece contradecirse al apuntar que se leía mucho, que había muchas imprentas y el comercio libre se había en treinta años quintuplicado. Casi todo lo que salía a luz eran detestables traducciones del francés, corrupción de la lengua y depravación del gusto. Como profesión, la literatura era mentira, pues no permitía vivir de ella ni a los triunfadores. Los únicos libros que rendían ingresos regulares a sus autores eran los de texto y los de devoción. Se salvaba Balmes, cuyas obras eran compradas y muy leídas.

Parécele haber más lujo exterior en Madrid que en París y Londres, como si todo el mundo practicase la máxima "el que venga atrás que arres". De las modas femeninas habla de los vestidos que arrastraban, de los talles redondos y las faldas huecas, de los miriñaques, renovación de los tontillos, invención de viejas y contrahechas. El excesivo lujo de la mujer retraía al hombre de casarse, siendo cada día mayor el número de jóvenes que quedaban para vestir imágenes.

Le sorprende el escandaloso número de calvos que ve, mayor aun de lo que los ojos descubren, por abundar las pelucas. Las flotantes cabelleras románticas han desaparecido. Atribuye las calvicies a la agitación de unos tiempos revueltos más que a exceso de trabajo.

Encuentra los teatros más baratos y más cómodos que los de París y Londres, con sus asientos numerados; pero dice que representa mal, el personal apenas se renueva; se oye demasiado al apuntador, hay poca limpieza y malos olores por los pasillos. Había demasiados y la gente los dejaba casi desiertos.

Descubre la democracia en todas las realidades de la vida. En el paseo del Prado se codeaban el menestral y el soldado con el banquero y el grande; en cualquier calle un jornalero, chaqueta al hombro, detenía al duque o al ministro para pedirle fuego para su cigarro, cambiando corteses saludos y hasta su poquito de conversación. Y el español se consideraba con el mismo derecho a requebrar a la manola como a la duquesa, siempre que fueran buenas mozas. Se seguía creyendo que todos éramos unos. Tales eran las características del Madrid de 1856, según el señor Ochoa: un desterrado pesimista y algo malhumorado...

COSAS DE ALBAÑILES

EL GATO DE UNA TABERNA MADRILEÑA

Y UNA POSDATA SENTIMENTAL

Por Antoniorrobles

Este era el gato que metía sus manitas debajo del pecho, como dama de principios de siglo que metiera las suyas en el manguito, y entornando los ojillos al Sol del mediodía, que entraba en el establecimiento casi vertical como una guillotina —y por consiguiente, fuerte y escaso—, aguardaba a sus amigos observando el madrileño desfile de su barrio.

Nunca se dió gato de pelaje más vulgar, no importa el color. Era limpio y estaba sucio. Constantemente andaba lamiéndose el pelo, unas veces como el que toca el violín, ora como el que toca la guitarra, ora como el que toca el violón, echando para arriba, por delante de su faz, una de las patas traseras.

¿Era el Sol, solamente el Sol, lo que le atraía a la puerta?... No. A veces por la tarde, y a veces los días de nubes suaves, también estaba allí. Lo que sucedía es que era un gato curioso, y comprendía la amena humanidad —su fauna— que pasaba por aquella barriada del ensanche madrileño, con inmensas medianerías rojas, agrias, aisladas, y solares con loza rota, zapatos renegridos como de cadáveres desenterrados y cenizas con cascarones.

De pronto, casi simultáneamente, un variado sonido de martilleo sobre hierros. En las dos o tres obras próximas daban la señal de la hora de comer. ¡Alegre campaneo, reconfortante después de las horas macizas!

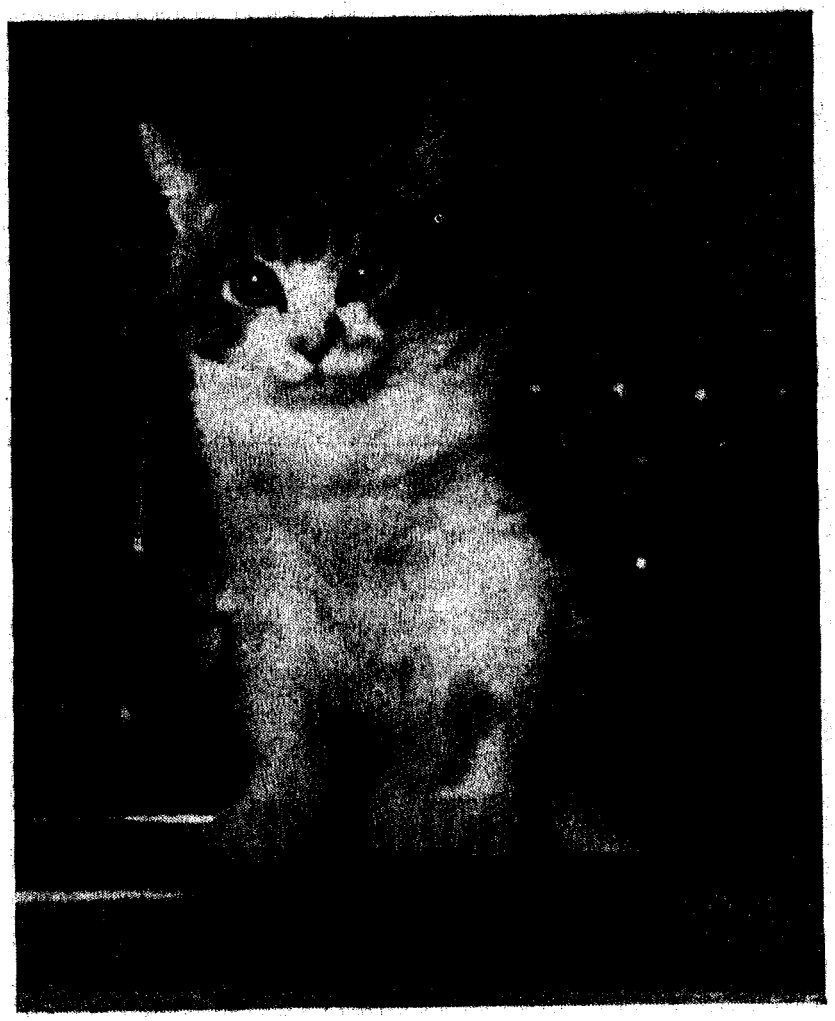
El gato sabía escuchar, y en seguida estiraba tan agudo y tenso su espinazo, que casi se despegaban del suelo las patas. Después se sentaba a esperar.

Y, efectivamente, luego del lavoteo de manos en los cubos, seis, siete, diez albañiles, afeitados o con bigotes, con sus blusas y sus pantalones blancos, se repartían por las mesas redondas, de madera pintada con tinto; y unos con el cocido que traían en la cacerolita —atada con la servilleta, con nudos como orejas de conejo— y otros con el cocido que les servía el chico de la taberna, currutaco de delantalillo a rayas verdes y negras, todos comenzaban el alegre trasiego de garbanzos, ni duros ni deshechos, enteritos y sabrosos, por aquellas gargantas fuertes y anchas.

El gato sabía pedir sin pedir; se acariciaba desde el hocico y la mejilla todo el costillar de un lado, contra las patas de las mesas; luego se subía, se ponía frente a Juan o frente a Pedro —sus mejores amigos—, y otra vez volvía a esconder sus manitas debajo del pecho, esperando que aquellos hombres sencillos y generosos le dieran las fibras de carne del cocido que siempre le separaban.

Jamás les pedía; pero sus ojillos discretos no perdían de vista cada tajada que desaparecía por las bocas de los trabajadores Juan y Pedro.

—¡Ya es capricho del gato! —solía decir el tabernero desde detrás del mostrador, y elevado medio pal-



...un buen amigo de la clientela a la hora del "piri"...

—o—

mo sobre su parroquia—; porque t'advierto que tiene ahí su cazuela llena.

Y era verdad. Pero el gato era amigo de Juan y Pedro, y le gustaba tomarse con ellos unos cachitos de carne, ya que no le era dado tomarse "unas copas" en su compañía.

Había caricias para él a la salida: de Juan, de Pedro y de Paco; y con el acopio del buen afecto que aquellos trabajadores le ofrecían, dormía después su buena siesta, con anchos y satisfachos respiros intermitentes que delataban su felicidad.

No es posible averiguar si aquel felino comprendía las palabras de consciente política social que se mezclaban y rizaban con el humo de unas mesas a otras. Pero es el caso que pasaron cinco, seis, siete años; y cuando Juan, al salir de la cárcel, escribió a Paco —a México— comunicándole la muerte de Pedro, acaecida en 1939 ya sabéis cómo, añadió una posdata breve que decía:

"El que también ha muerto es el gato de la taberna del señor Quirós. Dicen que empezó a ponerse triste, hasta que la entregó. Y de veras que me dió pena, chico."

NUESTRA TERCERA SALIDA

Homenaje a los Sres. Esplá, Saro, Gascón y Solana

Lluvia de discursos

UN TRIUNFO DEL TENOR PASCASIO VILLA

El día 28 de septiembre de 1946, se festejó la tercera salida de nuestra revista, celebrándose con una cena a la que asistieron como invitados de honor las señores don CARLOS ESPLA, don JESUS SARO, don LUIS GASCON y don MARCELINO SOLANA, ya que LOS 4 GATOS se consideraban obligados a manifestar su gratitud a la amplia generosidad de dichos señores, que colaboraron con entusiasmo en el número, literariamente el primero, con una deliciosa "Valija" escrita expresamente para nosotros; con sus talleres de offset "Altamira" nuestro magnífico amigo el señor Saro, y los demás homenajeados con sus especialidades gráficas.

A los postres hubo ¡cuatro peroraciones!, más unas palabras del presidente Serrano, todas anunciadas en las tarjetas del banquete; y en todas "las conferencias" reinó ese humor sin límites de que suelen gozar nuestros asociados.

Los discursos, que trataban de cómo "se hace", "se usa", "se da a luz" y "se lee" un periódico, estuvieron a cargo de los señores Antoniorrobles, Tarifa, Dr. Torre Blanco y Esplá; y no es preciso decir que hubo concurso de gracia por todos lados... y hasta su poquito de himno de la Agrupación al final; (solista, Pascasio Villa).

Cena inolvidable, como todo aquello donde ponen sus 16 patitas LOS 4 GATOS.

¡VIEJOS MADRILES!

Conversación con un recién llegado - El conflicto de la nomenclatura - Cedaceros, Fornos, Apolo - La Avenida del "generalísimo" - ¡Cuántas sorpresas cuando volvamos! ¡Y quién pudiera sorprenderse "desde ya"!...

Llega de España un viejo madrileño. "¡Véngase usted esta tarde a tomar café al Centro Republicano! Allá tienen su sede LOS 4 GATOS."

Charlamos; primero se vuelca contra el régimen; la conversación nos hace saltar lágrimas a los dos; luego habla de sus Madriles, que se los están estropeando. "¡Viejos Madriles!" —dice a cada instante.

—Bien, pero... vengan ejemplos —le digo.

—Mire usted —me contesta—; me dan una dirección: plaza de la Marina Española, 9. Yo sé que la plaza de la Marina Española corresponde a la antigua plaza de los Ministerios, que se debió llamar siempre plaza del Senado. ¿Quién ha de conocerla por otro nombre? En el 9 se halla establecido el Museo del Pueblo Español. Pero a los madrileños castizos hay que decirles: el antiguo ministerio de Marina, que fué palacio de Godoy.

Y continúa diciendo:

Madrid, a fuerza de extenderse, se ha convertido en una población cosmopolita, en una Torre de Babel, donde nadie se entiende: los apegados a la denominación tradicional, porque se han perdido los antiguos nombres; los que tienen ahora veinte años, porque jamás oyeron hablar de lo viejo. Cuando el Ayuntamiento quiso que la calle de Nicolás María Rivero tomara su antiguo nombre de Cedaceros, fueron muchos los que hubieron de extrañarse con un rótulo tan en la esencia y el centro de Madrid. Quienes hablan a los jóvenes actuales del esquinazo del Suizo, de la Equitativa, de Fornos, de Apolo, de las Cuatro Calles, de la taberna de los pájaros fritos, les hablan una lengua extraña, que ignoran y desprecian. Sin embargo, ésa es la tradición toponímica de la capital de España. Pasan los años y todo, paulatinamente, se va perdiendo en el olvido. Hoy nadie recuerda dónde estaba la Huerta de Juan Fernández, el palacio de Alcañices, el soto de Migas Calientes, la calle de Enhoramala vayas, la de Mal que os pese, la del Infierno... Y la capital, villa más que ciudad, bien merece en las escuelas un folleto divulgador. Sobre todo, que no se pierdan las típicas maneras de llamar a los lugares y a las cosas. En la avenida del "generalísimo", que se ha denominado paseo de la Castellana, de la Fuente Castellana, y de las Delicias de Isabel II, ¿quién sabe hoy lo que eran la Chilena, la Huerta, el Obelisco, el Recreo de la Castellana, la Casa de Vacas? ¿Quién conoce a punto fijo dónde estaban "los Torenos" del Retiro? ¿Quién nos diría con exactitud, a la primera pregunta, dónde se encuentran los lugares respectivos del Saladero, los Pozos de la Nieve, los Campos Elíseos, el Jardín de Aclimatación, la Noria de Marconell, el cementerio de San Martín, con su espléndido ciprés; el palacio de San Juan, que habitaron el infante don

Francisco de Paula y su yerno don Sebastián; la Puerta de San Vicente, el cuartel de San Gil? No han de pasar muchos años sin que suceda lo mismo con Caballerizas, la iglesia de los Jesuítas de la Flor, el paraje en que Mateo Morral lanzó al espacio la bomba, la calle de Jacometrezo, la estatua de Cassola, en los jardinillos de Ferraz... ¿Por qué la Cibeles "en carroza triunfal rompe hacia el Prado"? Su situación de ahora no justifica el endecasílabo. Hemos de dar cita a un camarada en los Basilios, en la esquina de la casa de Astrearena, en el palacio de Oñate, en el de Miraflores, en el de San Felices, en el de la Montijo. ¿Cuántas gentes nos entenderían? ¿Cómo hallar el teatro Zorrilla, el teatro Eldorado (hubo dos, por lo menos), el circo de Colón, el de Paúl, la Casa de Tócame Roque, la posesión del Barquillo, mayorazgo de segundones de la Casa de Altamira?... Es necesario, amigo, que no se pierda del todo lo que ya está perdiéndose, y que se recupere lo perdido. Una breve historia de Madrid habría de revestir gran utilidad. Con ella, bien aprendida y bien explicada, podríamos hablar y ser entendidos los viejos madrileños cuando, al tomar un vehículo de servicio público, le dijéramos al taxista: a la Huerta de los Cipreses, al Palacete de la Moncloa, a la Cárcel Modelo, al Asilo de Santa Cristina o antiguos Bernardinos, a las Cocheras de Serrano, a Pajaritos... En fin,, en fin, amigo mío —terminó diciendo el recién llegado—; ya verá usted, cuando vuelvan allá LOS 4 GATOS... ¡Qué sorpresa!...

—¡Quién pudiera sorprenderse pronto! —le respondemos. ¡Y qué verdad es!

Un rincón del MADRID histórico

Torre de los Lujanes. Dibujo de 1861.

Un Reportaje por S. FANTASMA

—oOo—

EL PARTERRE EN EL RETIRO DE MADRID

En el Mercado de San Juan, y precisamente comprando los dos nuestras bolsitas de castañas, que él piensa cocer con anises y yo asar en una sartén, nos encontramos al madrileño profesor don Lino Paredes.

Como es un entusiasta de su tierra, y hombre culto, nos parece oportuno hacerle cierta pregunta muy interesante para LOS 4 GATOS:

—Señor Paredes: ¿qué recuerda usted de Madrid con más admiración y emoción?

—Desde luego —me responde él—, creo que hay una arquitectura que se "madrileñizó" en el siglo XVIII: la de Villanueva, aunque no sea siempre suya: el Museo del Prado, el Ayuntamiento, lo que recientemente se construyó como Casa de Velázquez, que los "cultísimos" y piadosos cañones franquistas medio deshicieron... Pero mi emoción personal va hacia los jardines del Retiro; es decir, especialmente hacia "El Parterre", ¡Qué atardeceres inolvidables, sentado en un banco, hasta que la luz se me acababa para leer!... Es uno de los más bellos trozos de jardinería renacentista que yo he visto.

—¿Y cuándo fué trazado? —le pregunto.

—"El Parterre" tiene una historia curiosa. Pero vamos antes a recordar su forma, para mayor agrado de los lectores. Es un verdadero jardín lindamente trazado, con arriates de boj, estatuas y una fuente al estilo de los ya desaparecidos Jardines del Buen Retiro, que en tiempo de Felipe IV estaban frente al palacio del mismo nombre. Y limita esta porción del jardín un alto muro que forma una terraza descendente por ambos lados en amplia escalinata de cómodos peldaños. ¿No lo recuerda?

—Ya lo creo, profesor. Y aquellas estatuas...

—Cierto: que están artísticamente distribuidas y contribuyen a dar sabor y aire de época al conjunto.

—Pero venga esa historia, —le ruego.

—Mire usted: en los terrenos que actualmente ocupa el Parque del Reitro, poseía el Conde-Duque de Olivares una dilatada huerta, que el año 1631 fué transformada en amenísimos jardines, inaugurados por cierto con una brillante fiesta cortesana. En 1639 se terminó en aquel mismo sitio un palacio, que constaba de un gran cuerpo central con dos amplias alas que encuadraban un jardín; y ese es precisamente, con leves modificaciones, "El Parterre" a que nos estamos refiriendo, y que, le repito, es lo que recuerdo de Madrid con más emoción personal.

—Muchas gracias, profesor Paredes.

ECOS DE SOCIEDAD

—Ha sido nombrado "oidor" de la Audiciencia de Mula, Murcia, nuestro amigo don Agustín García.

—Pasaron unas horas en la biblioteca del Centro, de la que regresaron sin novedad, don Jacinto Lozano y don José Medina.

—Para la Luna de febrero contraerá matrimonio con una gata negra de la portera, nuestro estimado consocio Armario Robles.

—El niño Lalo de la Cañas obtuvo premio en los últimos exámenes de Latín de su colegio, por lo que se ofreció en su honor un desayuno escolar, con recitado de versos.

—*La Casa PASCASIO VILLA, RAMIRO LOPEZ y Cía., (S. de R. L.), ha lanzado al mercado nuevos modelos de corbatas y churros y carambolas, que están llamando poderosamente la atención.*

—Se encuentra pasando unos días en México, de donde partirá en breve para México, el ilustre dibujante señor Arribas.

—El Dr. Joaquín Meda ha dictado una interesante conferencia en la Barra, de México, con el siguiente y sugestivo tema: "La mímica a tiempo, complemento de la alta oratoria".

—Pasó unos días en Segovia (Don J.) el famoso patinador en hielo y cáscaras, señor Barrios.

—Salieron a aguas los duques de Montoro.

—Ha sacado su abono en la plaza "México", por encontrarla de mayor comodidad y holgura, el conocido aficionado don Angel Alonso.

—PARTOS. Dr. Torre Blanco. Servicio en su coche.

—Víctima de un accidente de aviación, ha recibido una descalabradura en la frente, por no apartarse, don Alejo Díaz.

—En el "Cine Aladino" se ha celebrado un hermoso festival, al que asistió generosamente invitado don Paco Gómez Yunta y Yerbabuena.

—El nuevo niño prodigio del ajedrez, Pablito Garrote, celebrará en breve un evento luchando contra los siguientes tres adultos al mismo tiempo: don Manuel, Rodríguez y Tarifa.

—El señor San Leandro, conocido "policeman", dió un concierto de bandurria a dedo ante los micrófonos de la R.N.E., "La Voz de Ultratumba", mostrando una sutil delicadeza en sus yemas. Los radioescuchas tuvieron grandes elogios para las yemas de San Leandro.

—*Hermanos Jordá. LIBRERIA Y OBJETOS DE ESCRITORIO. ¡Cebollas en vinagre!*

—La estación del Norte, (de Madrid), se vió ayer concurridísima durante las horas de salida de todos sus trenes, habiéndo marchado para México, donde pasarán el verano, las distinguidas familias de Esplá, Rejano, Giral, junguitu, Dr. Rivas Cherif, Roncero, Gascón, Robles, Tejedor, Valencia, Belarmino Tomás, Carreras, Dr. Escribano, Zoido, Vergara, Artigas, Dr. Bejarano, Dr. Nieto, Dr. Encinas, Víctor Salazar, Sabio, Vilacuenca, Sbert, Ignacio Morell, Albar y "algunitos" más que sentimos no recordar.

—En ausencia de don Vicente Serrano, que ha salido para Tacuba 15, donde ha de hacer unos trabajos técnicos, le sustituirá en la presidencai de LOS 4 GATOS, como nos veníamos temiendo, el ingeniero don Vicente Serrano. ¡Otra vez el mismo!

EN ACAPULCO

COMIDA DE LOS 4 GATOS

La Sociedad Madrileña "Los Cuatro Gatos" que reúne en su Delegación de Acapulco, no solamente a los "gatos" madrileños, sino a todos aquellos que han tenido la oportunidad de conocer la Villa del Oso y el Madroño, y que simpatizan con el carácter franco y guasón que caracteriza no sólo a los que han nacido en esa Ciudad, sino a los que tuvieron la suerte de vivir allí, han tenido el domingo 30 de marzo una comida, o "Cuchipanda"; como decía la invitación.

Prácticamente fué una comida-junta, ya que en ella se elegía presidente y, más que comida fué un verdadero acontecimiento social en este Puerto, porque rompiendo moldes, puede decirse que ha sido una de las reuniones donde el buen humor, la guasa, la sátira, la alegría, el salero, en fin todo aquello que regocija el espíritu, nos hizo olvidar las preocupaciones cotidianas.

En esta fiesta tuvimos oportunidad de conocer a Juanito Arteta, —auténtico "gato"— en sus múltiples facetas de cómico y artista incomparable.

El doctor Aranguren, cuentista de fama internacional, nos hizo retorcer de risa en nuestros asientos con su originales "salidas".

Reguerin, recordó la madre Patria con sus canciones y coplas de todas sus regiones.

Pepe Miravalle, contándonos episodios de gracia de sus lides amorosas.

El inquisidor Paco Torquemada, charlista inagotable y polifacente, nos habló de la toma de la Bastilla y su repetición histórica.

El control de seriedad lo llevaba nuestro culto y cosmopolita amigo el Ing. Manuel Cuevas.

Después en magnífico orden y demostrando un valor civil admirable se procedió a la elección de la Junta Directiva, quedando integrada en la siguiente forma:

Presidente, Adrián García Díez; Secretario, José Pardo y Tesorero, Paco Torquemada.

Mucho éxito deseamos a la floreciente sociedad local "Los Cuatro Gatos" y ojalá se lleguen a realizar los magníficos proyectos que tienen entre manos.

(De "Heraldo de Acapulco").

SUBURBIOS DE MADRID

UNA RUTA DE PIO BAROJA

Páginas de "La Busca"

Salieron los piratas de la Casa del Cabrero, bajaron a una hondanada, después de pasar al lado de una valla alta y negra, y por en medio de Casa Blanca desembocaron en el paseo de Yeserías.

Se acercaron al Depósito de cadáveres, un pabellón blanco próximo al río, colocado al comienzo de la Dehesa del Canal. Le dieron vuelta por si veían por las ventanas algún muerto, pero las ventanas estaban cerradas.

Siguieron andando por la orilla del Manzanares, entre los pinos torcidos de la Dehesa. El río venía exhausto, formando unos cuantos hilillos de agua negra y de charcos encima del barro.

Al final de la Dehesa de la Arganzuela, frente a un solar espacioso y grande, limitado por una valla hecha con latas de petróleo, extendidas y clavadas en postes, se detuvo la cuadrilla a contemplar el solar, cuya área extensa la ocupaban carros de riego, barrederas mecánicas, bombas de extraer pozos negros, montones de escobas y otra porción de menesteres y utensilios de la limpieza urbana.

A uno de los lados del solar se levantaba un edificio blanco, en otra época iglesia o convento, a juzgar por sus dos torres y el hueco de las campanas abierto en ellas.

Anduvo la cuadrilla husmeando por allí; pasaron los chicos por debajo de un arco, con un letrero, en donde se leía: "Depósito de Caballos Padres"; y por detrás del edificio con trazas de convento llegaron cerca de unas barracas de esteras sucias mugrientas: chozas de aduar africano, construidas sobre armazón de palitroques y cañas.

El **Bizco** entró en una de aquellas chozas y salió con un pedazo de bacalao en la mano.

Manuel sintió un miedo horrible.

—Me voy—dijo a Vidal.

—¡Anda éste!...—exclamó uno con ironía—. Pues no tienes tú poco sorullo.

De pronto otro de los chicos gritó:

—A **najarse**, que viene gente.

Echaron todos los de la cuadrilla a correr por el paseo del Canal.

Se veía Madrid envuelto en una nube de polvo, con sus casas amarillentas. Las altas vidrieras relucían a la luz del sol poniente. Del paseo del Canal, atravesando un campo de rastrojo, entraron todos por una callejuela en la plaza de las Peñuelas; luego, por otra calle en cuesta, subieron al paseo de las Acacias.

Entraron en el Corralón. Manuel y Vidal, después de citarse con la cuadrilla para el domingo siguiente, subieron la escalera hasta la galería de la casa del señor Ignacio, y cuando se acercaron a la puerta del zapatero oyeron gritos.

—Padre está zurrando a la vieja—murmuró Vidal—. Lo que haya hoy que **jamar** aquí, **pa** el gato. Me marcho a acostar.

—Y yo, ¿cómo voy a la otra casa?—preguntó Manuel.

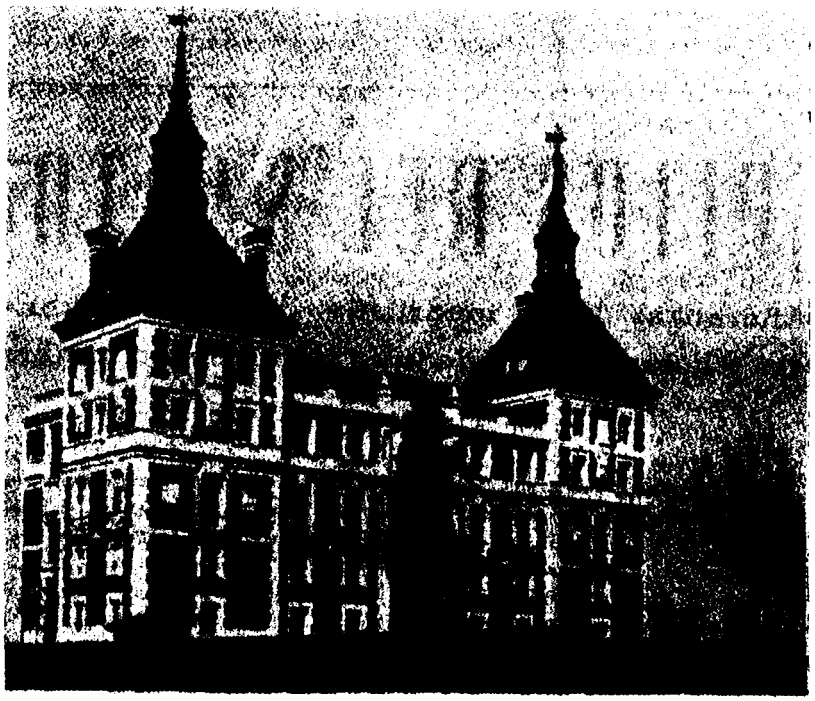
—No tienes más que seguir la Ronda hasta llegar a la escalera de la calle del Aguila. No hay pérdida.

Manuel siguió el camino indicado. Hacía un calor horrible; el aire estaba lleno de polvo; jugaban algunos hombres a los naipes a las puertas de las tabernas, y en otras, al son de un organillo, bailaban abrazados.

Cuando llegó Manuel frente a la escalera de la calle del Aguila, anochecía. Se sentó a descansar un rato en el Campillo de Gil Imón. Veíase desde allá arriba el campo amarillento, cada vez más sombrío con la proximidad de la noche, y las chimeneas y las casas, perfiladas con dureza en el horizonte. El cielo azul y verde arriba se inyectaba de rojo a ras de la tierra, se oscurecía y tomaba colores siniestros, rojos cobrizos, rojos de púrpura.

Asomaban por encima de las tapias las torrecillas y cipreses del cementerio de San Isidro; una cúpula redonda se destacaba recortada en el aire; en su remate se erguía un angelote, con las alas desplegadas, como presto para levantar el vuelo sobre el fondo incendiado y sangriento de la tarde.

Por encima de las nubes estratificadas del crepúsculo brillaba una pálida estrella en una gran franja verde, y en el vago horizonte, animado por la última palpitación del día, se devisaban, inciertos, montes lejanos.



La Casa de Velázquez, deshecha casi por los "prudentes" cañones del franquismo. El estilo clásico el más arraigado y típico.

CHULERIAS

Por J. LOPEZ SILVA

—¿Y sus divertisteis?
—¡Chico,
corrimos la primer juerga!
Verás; yo me la encontré
la otra noche en la prazuela
de Antón Martín y la dije:
"Me se ha puesto en la cabeza
que yo y tú tenemos que ir
un domingo de merienda";
y ella, que ya ni debía
de mirarme tan siquiera,
porque la verdá es que yo
me he portao muy mal con ella,
dijo... dice: "Pues ya sabes
que yo voy donde tú quieras."
En total, que nos citemos
pa ayer a las tres y media
junto al cuartel del Rosario;
tomemos una manuela;
le dijimos al cochero
que nos llevase a las Ventas,
y en aquel ventorro que hay
según se va a la derecha,
cogimos dos "violinas"
de las de primera fuerza.
Ná, que se pasó la tarde;
por supuesto, con decencia,
porque eso sí, la Juliana
será tóo lo que se quiera
y tendrá si a mano viene
tal u cual costumbre fea,
pero tocante a honradez
yo sé mú bien quién es ella.
—Gachó, miá que tiés partido
con las mujeres. Y que esa
es de buten.
—Ya lo creo
que lo es. Di que si no fuera
porque tié tan señalaos
los hoyos de las viruelas,
y porque es algo tartaja...
¡vamos, que habría que verla!
Dentro de un mes va a casarse,
según dicen malas lenguas,
con ese chico albardero
concuñao del Gallinejas,
que la tié depositá.
—¿Dónde?
—En su casa.
—¡Quisiera!
¡Mia que en su casa!
—Pues claro,
como que vive con ella.
—Entonces ya pues decir
que habís chafao.
—No lo creas;
porque en cuanto que la encuentre
más que esté casá de veras,
nos citamos otra vez,
cogemos una manuela,
le decimos al cochero
que nos lleve hasta las Ventas,
y yo entiendo.
—Vamos, ná,
que sus mamais la gran juerga.

¡PITOS DEL SANTO¡

Añoranzas de un madrileño - Rosquillas tontas y listas - Un 18 de julio y un 7 de noviembre

Por Juan ALCALA ARRIBA

Me he detenido, entristecido, en la Fuentecilla, mirando chorrear el agua de lluvia o de lágrimas del pobre león, que el corregidor, conde de Moctezuma, con la mitad del mármol de la estatua de San Norberto, que lucía en la fachada del convento de Premostratenses, pulverizado por los franceses, mandó labrar. Está allí, como en un recodo del camino, a la puente y puerta que sobre el hoy caudaloso Manzanares se abren hacia la Pradera y el más bello cementerio de la ilustre ex Corte y casi siempre alegre Villa de Madrid. Llegué hasta el león —al que la majeza del Humilladero llama gato— en busca de lo tradicional.

Tenía nuestro pueblo, como relieve de sus abuelos moriscos, un particular gusto por las flores de sartén y de horno, y los trastos y cachivaches que sólo con salir a la calle iban mostrándonos el paso de las lunas: los buñuelos de viento, macizos y cremosos, por los Santos; en San Antón, peladillas y "huesos", copos azucarados con el corazón de piñoncillos, unas, y rollos de batido, otros; empanadas de sardina durante la Semana Santa; tontas y listas, las rosquillas del Patrón San Isidro, el dulce esposo de Santa María de la Cabeza; churros en las verbenas, turrones en Navidad, la "mona" en la Pascua de Resurrección... Y, en cada fecha, las ramas de muérdago, las carracas, las palmas, macecitas de albahaca y ¡pitos del Santo!, grandes rosas de papel de seda, sujetas a cierta boquilla de cristal, dispuesta para producir el más estridente de los silbidos.

En cada una de sus horas, ni antes ni después, Madrid se llenaba del producto artesano del menudo comercio, y los madrileños llevaban a su mesa los dulces y a sus niños los juguetes. Luego, a media tarde, todos convertidos en infantes, con el regusto del azúcar en el paladar, mercábamos la carraca, el pito o la maceta, precisamente en el lugar donde se celebraba la fiesta. Y en San Isidro el paseo de las cuadrillas en la plaza vieja era acogido con el silbido peculiar, no como malquerencia hacia los diestros famosos que toreaban la corrida, sino para mayor gloria del día.

Desde un 18 de julio tristemente célebre, y desde un 7 de noviembre glorioso y triste, las cosas han cambiado. En el declive de conflictos y guerras, las flores de horno y de sartén se convirtieron en tizos. Cerrados los caminos del comercio y en nombre de la fraternidad falangista, rotas las hermandades, sin azúcar y mal de harina, toda la repostería ibera ha caído en el olvido. Muchos, con temor en el alma, destruyeron la traición del agua de San Isidro, sin querer curar su calentura con el claro chorrito milagroso. Más verde que nunca, este año la Pradera está solitaria.

Junto al león de la Fuentecilla, una vieja vende pipas de girasol, grises como su historia. Nunca entretuvo Madrid sus dientes con semejante porquería. Madrid comisqueaba el picudo "torrao", los amarillos altramuces, más moros que Abderramán, los "cacahuetes" coloniales, que recuerdan todo un Imperio, y las avellanas, alma de su Galicia y de Le-

vante; se relamía con las rosquillas, alegraba sus pajaritas con bartolillos y bizcochos peculiares, pero no tenía este mísero vicio de pipas y chicle.

Este año, en los balcones, lucen ya muchas palmas. A la puerta de la iglesia de San José vi a una —una sola— vendedora de carracas el Jueves Santo, y aquí estoy, junto al lloroso león de la Fuentecilla, en espera de la abuela que en su cesto lleve, calle de Toledo abajo, los pitos del Santo. En cuanto la vea, compro uno y corro a los toros para soplarle al salir las cuadrillas.

Con Lope se fué Santiago el Verde; resucitemos en nosotros la Pradera de San Isidro, que hace unos cuantos años era la feria de Madrid.

MADRID desde sus afueras. Un apunte de Sancha.

LAS COMUNIDADES

(Antiguallas Matritenses)

Por MALTRAPIO

Muy a regañadientes, en la primavera de 1516, el Consejo de Madrid juró rey de Castilla a D. Carlos, entonces mozalbete de diez y seis años. Realmente nada tenía de simpática la precipitación del rapaz, ni de humano el olvido en que vivía su madre doña Juana.

En las Cortes de Valladolid (1518), Luis Martínez y Antonio de Luzón, procuradores en Madrid, apoyaron al doctor Zumel, de Burgos, cuando éste obligó al Rey a jurar respeto para las leyes y fueros de Castilla antes de que las Cortes lo juraran. Madrid suscribió las peticiones formuladas, y si votó el famoso y excesivo servicio extraordinario de doscientos cuentos de maravedises, fué con la condición de que no se pediría otro hasta pasados tres años.

Elegido don Carlos en 1519 Emperador de Alemania, ordenó que se le diera el tratamiento de *Majestad*, y convocó a Cortes en Santiago (Mayo del año siguiente) para que se le otorgara otro servicio extraordinario de doscientos cuentos de maravedises. Sólo después de órdenes reiteradas se avino Madrid a nombrar procuradores a Francisco de Luján y Francisco de Vargas, encargándoles que en modo alguno habían de votar el servicio y sí que exigirían el cumplimiento de lo otorgado por el Rey en Valladolid.

Hizo más la villa, y fué reunir el Concejo "a campana tañida", asistiendo los regidores, los procuradores de caballeros, escuderos y hombres-buenos y los representantes de los pecheros. En aquella reunión se acordó elevar a Su Majestad una enérgica y austera representación —modelo de civismo—, haciéndole saber que aún no había contestado a ciertas peticiones formuladas en Valladolid; que no había cumplido lo otorgado referente a la extracción de oro y plata del reino, ni lo relativo a que los cargos de la corona de Castilla sólo recaería en naturales del reino; que no habían vencido los tres años; que en menos de una generación Castilla había dado hombres y dinero para la conquista de Granada, de Nápoles, de Navarra y de Orán y para otras guerras; que el Rey debía estarse en su reino...

En Santiago, primero, y en la Coruña, después, fué Madrid una de las villas y ciudades con voto en Cortes que negó rotundamente el servicio extraordinario, sin que en sus procuradores hicieran mella —como en otros— ni halagos, ni dádivas, ni ofertas, ni amenazas.

Por esto, cuando regresaron los procuradores, en los primeros días de junio, no hubo en Madrid las sangrientas justicias o los tumultos que en Segovia, en Zamora, en Toro, en Burgos, en Guadalajara, en Cuenca, en Soria y en todas aquellas ciudades o villas cuyos procuradores habían traicionado el mandato que se les diera.

Con todo, llegó aquí la rebelión iniciada en Toledo, con quien la villa estaba en relaciones; el 18 de junio la multitud se amotina y destituye al corregidor que el Rey nombrara en mayo —el licenciado Astudillo—, poniendo en lugar de éste al bachiller Gregorio del Castillo, que desde aquel momento se llama "justicia".

Tenía el Alcázar un alcaide nombrado por el Rey, y tres días después de la revuelta el justicia pide al alcaide que jure estar al servicio del Rey y al bien, la paz y la tranquilidad de la villa, comprometiéndose a no meter en la fortaleza ni hombres ni armas y sólo los mantenimientos precisos, y esto de día. Presta juramento el alcaide, pero exigiendo que quince caballeros de la villa y los diputados de las parroquias le presten de que estarán asimismo al servicio del Rey y a la paz y al sosiego del reino, y de que no se estorbará a los hombres y gentes del Alcázar para que entren y salgan y anden como de ordinario.

Pero la rebelión cunde; acaso se quiere meter en la fortaleza más gente de guerra y mayores bastimentos, y a fines de julio la villa pone asedio al Alcázar.

La guarnecían cuarenta y ocho hombres, bien armados, la defendían diez piezas de artillería (dos cañones, cuatro falconetes y cuatro tiros de hierro), eran fuertes sus muros y torres, y aunque los atacantes no carecían de resolución ni de armas, no había nada contra estos cañones.

En 31 de agosto se rindió el Alcá-

zar, menos por las minas con que se quiso abrir brecha que por faltar mantenimiento a sus defensores. Y se rindió en condiciones honrosísimas.

Había armas en Madrid; las tenían muchos de su propiedad, y, además, la villa ponía aquellas que adquirió para armar a la hueste que estuvo en la conquista de Orán. En el Alcázar se encontraron en abundancia. Sobre las bocas grandes de fuego, con pelotas de tiro, pólvora, salitre y plomo, había 38 lanzas jinetas, 5 lanzones, 3.366 picas (de ellas 766 entre viejas y "algo traídas"), 172 ballestas, 542 escopetas, 421 celadas, más picos, palas, azadones y otros muchos pertrechos accesorios.

Ya en abierta rebelión, la villa nombra a Pedro de Losada y Pedro de Sotomayor procuradores en la Junta Santa de Avila, y entrega armas a los diputados de las parroquias, a fin de que éstos las distribuyan entre los vecinos; así para organizar la hueste que ha de salir a campaña —mandada por Juan de Zapata como general y por Diego de Rojas y Marcos de Grajal como capitanes— cuanto para la defensa del Alcázar y del territorio. Las doce parroquias de Madrid, sobre los que ya habían, arman a 753 hombres con 349 escopetas, 286 picas y 118 ballestas.

Se equipa una hueste de 50 jinetes y 400 peones, a los que socorre el Concejo con 1.800 maravedises por hombre.

Esta hueste, con la gente de Padilla, derrota a Fonseca y a Ronquillo, que, *después de incendiar bárbaramente* a Medina del Campo, iban a apoderarse de Segovia, y luego sigue toda la campaña, que acaba virtualmente en Villalar.

Cuando Madrid recibe la noticia del desastre, en que murieron muchos de los suyos, se prepara a resistir. Para aumentar los hombres de "la tierra de Madrid", armados, entrega sobre 300 picas a los Carabancheles, Villaverde, Vallecas, Rejas, Coslada, Canillejas, Hortaleza, Fuencarral...

¡El 15 de mayo de 1521 se entregaba el Alcaázar a los imperiales!

* * *

Murieron en campaña hombres de la villa; fué ajusticiado el procurador en la Junta Santa, Pedro de Sotomayor; se encarceló a Gregorio Castillo y a Juan Negrete —alma en Madrid del movimiento—, que aún estaban presos en 1524, y se excluyó de aquel indigno "perdón del Emperador" a Pedro de Losada, Juan Zapata, Francisco Zapata (arcediano) —uno de los que votaron y acaso el que redactó la austera representación al Rey y el delegado de la villa que se entendió con Toledo— y Juan Negrete y quince vecinos, cuyos nombres no constan.

Villa modestísima entonces, *Madrid* se condujo valerosa, abnegada y honradamente en aquel movimiento de las Comunidades.

Las pobres fieras del Retiro

En Madrid, y a 1947, por C. J. C.

¿Qué ha sido de las fieras? ¿Dónde se han ido? La Casa de Fieras, lector amigo, es un arcano insondable, un misterio sin fondo como la bolsa del rico de la fábula, algo que, ¿por qué?, va camino de convertirse, como el único jefe de las fieras no se erija en draconiano dictador, en una granja avícola, quizá ejemplar, pero sin duda alguna muy poco feroz.

Se ha dicho y repetido que el habito no hace al monje. Como cada refrán tiene su correspondiente contrapartida, se ha dicho también, aun más veces de las necesarias, que debajo de una mala capa puede esconderse y casi siempre se esconde, un buen bebedor. ¿Y bien? Cuando las fieras se mueren de hastío, de spleen o de vejez, y nuevas fieras más jóvenes o más frescas no vienen a llenar sus vacíos lugares, ¿a qué conduce enjaular mamíferos de la Sierra del Guadarrama o enchiquerar carneros que después nadie se ocupa de trasquilar?

El hermoso Pipo, el hipopótamo que se daba chapuzones de una hora larga y que conseguía tener encandilada a una multitud infantil oteadora del más leve estremecimiento de las aguas de su piscina, ha muerto, como casi todas las grandes figuras de la Humanidad, en medio de la indiferencia general. Su oronda presencia ya no llena de reminiscencias exóticas los ojos de las novias que van a amar bajo los floridos rosales de la Casa de Fieras cuando las primaveras se afianzan, y su carro y medio de alfalfa ya no espera, con el plato del día todavía a cuestas, a que el camarero de Pipo, con su larga horquilla de madera, lo vacíe presuroso para saciar su apetito.

La hiena —con su aire de matrona malhumorada— pasa y repasa su celda, ahito ya su vientre de carnaza, gruñendo sin cesar, y los tres —¿tres o cuatro?— monos que quedan, siguen impenitentemente pelando el último cacahuet de su prisión

Nadie sabe qué es lo que ha sucedido, pero yo os aseguro, yo que estuve, aún no hace muchos días, en la Casa de Fieras, que ya los niños miran con menor infantil, respetuoso, temeroso misterio, ese mundo ayer aún estremecedor y lleno de resonancias y hoy ya en declive como una vieja familia hidalga venida a menos que viviera de acompañar al paseo a las hijas ridículas y empingorotadas.

El Zóo de la gran ciudad está necesitando el responso, una última oración que le ayude a bien morir. Quizás, si apareciese por lado alguno el doctor Voronoff de los zoos, el hombre que, como por arte de magia, los rejuveneciese, nuestro voto sería por la liberación y el perdón.

Pero mientras tanto... Mientras tanto, una de dos: o se quita la instalación o se quita el nombre. Y al elefante que saluda, reverenciosamente, como una vieja dueña, a las visitas, se le devolverá su libertad como premio al buen comportamiento. Mi voto es por que se le suerte en el montecillo que queda por detrás de la Casa de Campo. Siempre lo tendríamos cerca y a mano por si nos arrepentíamos.

LOS 4 GATOS
desean un Feliz Año de 1948 a los Talleres de "Fotograbadores y Rotograbadores Unidos".
Bucareli, 24.

EL MADRID DE LA EPOCA DE GOYA

Felipe IV, Carlos III, Carlos IV y el Manzanares

Pór M. R. R.

Hay que hacer la declaración del madrileñismo de Goya. Madrid dió al pintor una serie de signos que incluyeron en su pintura. Madrid le concedió esa especie de alboroto de las cosas, la huida de sí mismo, el perpetuo ida y regreso que todo tiene en Madrid. Goya pudo así ensayar los más variados sentimientos, acudiendo a una y otra propia demanda, no enquistándolo en ningún lugar. Madrid también le dió ese constante estar en la calle, que es la sinrazón andariega de todos los madrileños. Goya se instaló al aire libre, acudiendo a la cita pictórica de la pradera de San Isidro, contemplándolo todo bajo uno de los cielos más bellos y envuelto en un aire purísimo. Madrid proporcionó también a Goya audacia, franqueza—esa especie de hermandad democrática de la calle madrileña—, llevándole sin concesiones ante los más pequeños y grandes modelos. Le quitó convencionalismo. Todo esto le dió Madrid.

Un escritor—Antonio Espina—retrata la ciudad de aquella época de esta manera: "Un Madrid especial, chispeante y estúpido, señorial y grosero, lírico y caricaturesco". Es decir, un doble juego en cada sensación, un estar y no estar, una zona amplia en donde poder desarrollar las inquietudes más variadas.

En cuanto a los amigos de Goya, no se les ha sabido entender en todo su valor. Es una sociedad, con los pecados que se quiera, pero refinada. Los reyes mismos se someten al arte avansado de su época, haciéndose pintar —canon tradicional— por los artistas excesivamente "de cámara", pero dando la máxima entrada a Goya. Y esto es bien significativo de una sensibilidad, pese haber rohecho y sudado esa fisonomía de un Carlos IV bonachón y una María Luisa harpía. Es el tópico, que ha corrido redondeándose, haciéndose pesadamente insistente. La reina tiene un "chic" castizo especial, que supo recoger Goya (como después Manuel Machado habría de saberlo ver en alguna de sus poesías) y en sus antebrazos pone la belleza. Es sabido que la reina eliminó del protocolo palatino el uso de guantes largos para poder lucir la perfección de sus brazos.

Un duque de Alba amigo de Haydn, que se hace retratar con el libreto de música del compositor al que admira... La condesa duquesa de Benavente, de cuya elegancia incomparable juzgará quien hoy contemple alguno de sus retratos. En las damas españolas de aquel tiempo, más que en las francesas, ya está toda la gracia que había de subyugarnos en nuestro siglo: las figuras delgadas y ágiles, los rostros de rasgos ingenuos sin empeñarse demasiado en un criterio estético, los perritos que juegan junto a las faldas de las retratadas... Y la duquesa Cayetana de Alba, especie de beldad en movimiento, la delicadeza fuerte, el juego de la expresión, la animación de sí misma.

Estos protectores y estos amigos hacen la vida madrileña de Goya, llevándole de un lado a otro, saltando sobre los más preciosos palacetes de la arquitectura española. El palacete de la Moncloa y la Alameda de Osuna juegan en la cabeza del pintor unas situaciones poderosas.

* * *

El Madrid de entonces es perfecto. Ha pasado Carlos III y la herencia está viva: piedras, grandes edificios, rumor de agua, árboles y limpieza. Madrid ha entrado en una espléndida categoría europea. Lo que el rey ha levantado es bueno y de buen gusto. No es una obra de bambalinas dispuesta a caer con su reinado. (No es, por tanto, una especie de "Después de mí el diluvio", referido a las gracias urbanas). Carlos IV recibe esta herencia como un ejemplo. Y mantiene al alcalde de Madrid que había nombrado su antecesor: don José Antonio de Armona. En la mano de este corregidor Madrid obtiene una unidad de obra. El pensamiento de Carlos III pervive a través del largo mandato de Armona (1777-1792), que se mantiene por un Madrid amplio, pero íntimo —milagro urbano—, en el que la piedra está dominada por el rumor de agua o aquietada por la verdura. El árbol corpulento sosegando la viva luz.

GOYA. Jugando a orillas del Manzanares.

Francisco de Goya gózase también en este medio tono, en el que hace posibles la nitidez fresca de sus cuadros. Nada de lueces crudas —callos desarboladas del Madrid del siglo XX—, ni bajo el poso agobiente de los altos muros, pesarosos y entenebrecedores —Madrid de los Austrias—.

Carlos IV copia a Felipe IV en dar vida y animación al Manzanares. En los años del rey austriaco las fincas de las riberas del Manzanares crecen en una admirable jardinería y en una decoración de mármoles. Los propios reyes, con su Casa de Campo, dan el ejemplo. La Corte de Carlos IV no puede permitirse tales lujos, pero los compensa con un arte en el que el ingenio vuelve arrastrando al talento. Se vuelve a las riberas del Manzanares, para desde allí cotemplar el panorama de Madrid, como un telón dispuesto por una mano sabia.

Esta preparación hace que Goya se desencasille. Le llama la ermita de San Isidro, y en este salir de su estudio se sacude de toda posible fórmula. Y cuando se va a vivir, pasa de las calles castizas —vecino de la calle de Fuencarral una de las veces— a su "quinta" del Sordo, desde la que queda unido a su San Antonio de la Florida.

Goya y su circunstancia. La "circunstancia" del artista es el Madird que observa y le invade a todas horas. El contempla cosas que vemos y que no vemos. Un Madrid lleno de muchas ermitas —de las que hoy apenas quedan— y de templos grandiosos y magníficamente destartalados: Santo Domingo el Real. Un Madrid con muchas grandes puertas y portillos de piedra, hoy sólo las de Alcalá y Toledo. Con muchos conventos, monasterios, palacios, colegios, hospitales... Jardines y huertas ocupando media Villa.

Francisco Goya, en esta geografía urbana, desparramada y recogida al mismo tiempo, encontró su arte universal y caliente a la par.

ESPECTACULOS

Un día cualquiera del verano pasado, la cartelera de Madrid presentaba los siguientes locales de espectáculos:

TEATROS. — Alcázar (Borrás) — Comedia — Fuencarral (Isbert) — Madrid — Pavón — Price — Reina Victoria — Zarzuela (Conchita Panadés).

CINES. — Barceló — Bilbao — Coliseum — Goya — Luchana — Palacio de la Música — Palacio de la Prensa — Paz — Progreso — Rex.

CINES SESION CONTINUA. — Actualidades — Alcalá — Alcántara — Apolo — Argel — Argüelles — Astur — Bellas Artes — Benavente — Caltravas — Carretas — Cervantes — Chamberí — Colón — Espronceda — Figaro — Gong — Ideal — Imperial — Maravillas — Metropolitano — Montera — Monumental Cinema — Muñoz Seca — Narváez — Padilla — Palacio del Cine — Panorama — Pleyel — Príncipe Alfonso — Real Cinema — Salamanca — San Carlos — Sol — Tívoli — Urquijo — Valhermoso — Velázquez — Vergara — Victoria — Voy — X.

FRONTONES. — Recoletos.

SALAS DE FIESTAS. — Barceló — Jardín Abascal.

PLAZA DE TOROS DE MADRID. — Seis novillos para Pericás, Jandillas y Rosalito.

CORTESIA DE

FERRETERIA

BAÑOS

S. A.

5 DE FEBRERO 135

35-27-22 12-05-16

35-02-44 13-12-25

MEXICO, D. F.

Cervecería

LA OLA

URUGUAY 10

LA MEJOR CERVEZA

DE BARRIL

Y

TIRADA COMO EN

MADRID

MEXICO, D. F.

Ferretería
CLAUDIO BERNARD
Tlapalería

A. Benito Ibarreche y Cía.

ESQ. CLAUDIO BERNARD Y DOCTOR NAVARRO

TELEFONOS:

ERIC. 12-40-29 MEX. 35-76-81

MEXICO, D. F.

Coto y Cía.
S. A.

Importadores de Ferretería

AV. FRANCISCO MORAZAN NUM. 71
(Antes Balbuena)
ESQ. CANDELARIA

MEXICO, D. F.

ERIC. 12-60-07 MEX. 36-28-97
12-60-09 35-28-97

LA NUEVA DROGUERIA
Y FARMACIA
EL ELEFANTE
S. A.

ERIC. 12-01-11. 12-38-44
MEX. 36-32-82

AV. I. LA CATOLICA 15 Y ESQ
5 DE MAYO

MEXICO, D. F.

TECHO ETERNO

"EUREKA"

S. A.

REFORMA NUM. 11 — MEXICO, D. F.

ERICSSON 13-25-66 MEXICANA 35-07-55

BIBLIOTECA
Ateneo Español de México

TENEMOS A SU DISPOSICION

LAMINA ACANALADA Y TEJAS PARA TECHOS. LAMINA PARA MUROS Y REVESTIMIENTOS. TINACOS HORIZONTALES Y VERTICALES. CANALES Y BAJADAS PARA DESAGUES. TUBERIA PARA DRENAJE. TUBERIA PARA CONDUCCION DE AGUA POTABLE.

SUCURSALES Y AGENTES EN TODA LA REPUBLICA.

CAFE CAMPOAMOR

BOLIVAR No. 38

C

EL SERVICIO
MAS ESMERADO
Y EL
AMBIENTE
MAS DINTINGUIDO

EUZKADI

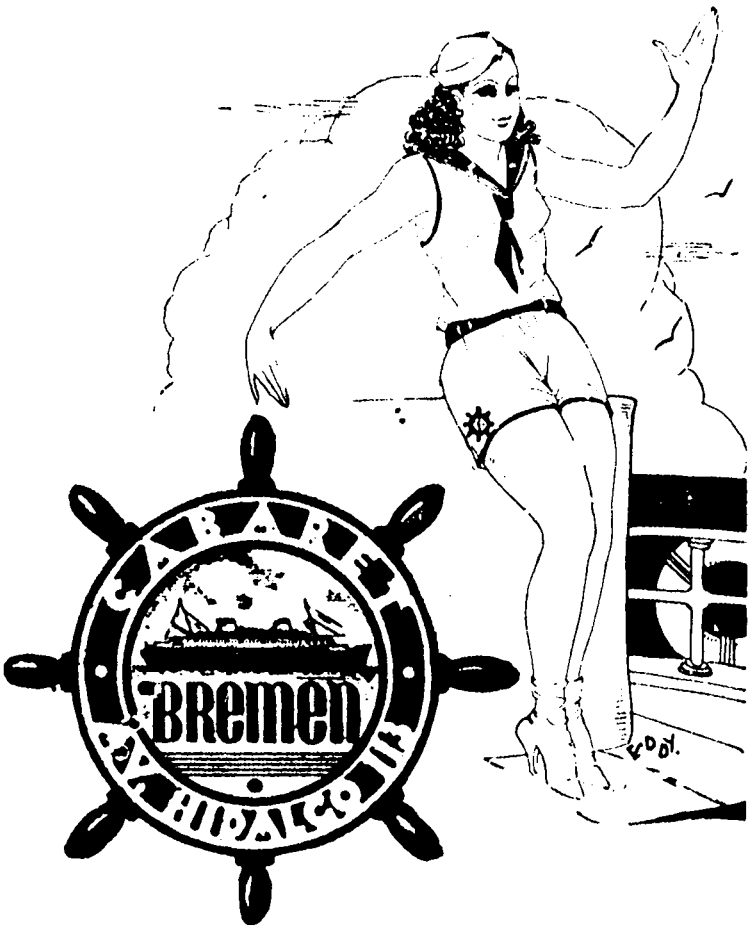
Ferretería y Tlapalería
S. de R. L.

EMPAQUETADURAS Y AISLANTES
FERRETERIA EN GENERAL

●

EDIC. 13-83-83
12-62-58
MEX. 38-02-09

CALZADA DE LA PIEDAD 10
MEXICO, D. F.



EL CENTRO NOCTURNO

Preferido
del Público de México

BREMEN